

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

Una celda en San Quintín

cliff bradley



B
B

Ernie Holker pegó la espalda en la pared y miró hacia el vigilante situado a corta distancia, pero que en aquellos momentos no se ocupaba de ellos. Luego, a los dos hombres que tenía delante.

Eran jóvenes, pero muy distintos. Sam «Lightfingers» Prowsett, de treinta y dos años, alto, delgado, de cabellos rubios y cara afilada, ojos claros y boca fina, estaba cumpliendo una condena de doce años por robo con lesiones. Joseph «Rough» Leskowitch, de veintiocho, cumplía veinte por homicidio. Ambos tenían a sus espaldas un interesante historial. Ahora permanecían muy atentos a sus palabras.

El propio Ernie

«Dum-Dum»

—Ernie para sus amistades y la policía— estaba considerado como uno de los inquilinos más importantes de San Quintín. Se había librado de la cámara de gas únicamente a causa de la destreza de su abogado y la desaparición muy oportuna de cierto testigo de cargo, pero cumplía cadena perpetua por homicidio en primer grado. Contaba treinta y siete años, era alto, fuerte, de duras facciones y fríos ojos negros. Había ido a la Universidad y fue teniente de «marines» en Corea hasta que alguien reveló en un periódico que solía convertir en balas

«dum-dum»

los proyectiles de su pistola y su metralleta. Eso le costó un Consejo de guerra y la pérdida de su graduación, más cierta permanencia en una prisión militar, dejándole el apodo y también un profundo rencor hacia la milicia en particular y la sociedad en general. Puesto en libertad y desmovilizado, no había tardado en demostrar sus sentimientos, culminando con el asesinato a sangre fría del periodista que lo descubrió, asesinato que no le pudieron probar, aunque centró sobre él la atención de toda la Prensa del país. Gracias a eso, meses más tarde era capturado, convicto de un nuevo crimen de sangre, y recluido en San Quintín, donde gozaba de mucha consideración entre sus camaradas.



Cliff Bradley

Una celda en San Quintín

Bolsilibros - Servicio Secreto - 821

ePub r1.0

Lds 22.11.17

Título original: *Una celda en San Quintín*

Cliff Bradley, 1966

Cubierta: Miguel García

Ilustraciones interiores: Costa y Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





Cliff Bradley

Una celda en San Quintín

Colección **SERVICIO SECRETO** N° 821

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MÉXICO

RIO DE JANEIRO

ANNE ROGERS
"BLUEBIRD"



ERNIE
HOLKER

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Ernie Holker pegó la espalda en la pared y miró hacia el vigilante situado a corta distancia, pero que en aquellos momentos no se ocupaba de ellos. Luego, a los dos hombres que tenía delante.

Eran jóvenes, pero muy distintos. Sam «Lightfingers» Prowsett, de treinta y dos años, alto, delgado, de cabellos rubios y cara afilada, ojos claros y boca fina, estaba cumpliendo una condena de doce años por robo con lesiones. Joseph «Rough» Leskowitch, de veintiocho, cumplía veinte por homicidio. Ambos tenían a sus espaldas un interesante historial. Ahora permanecían muy atentos a sus palabras.

El propio Ernie

«Dum-Dum»

—Ernie para sus amistades y la policía— estaba considerado como uno de los inquilinos más importantes de San Quintín. Se había librado de la cámara de gas únicamente a causa de la destreza de su abogado y la desaparición muy oportuna de cierto testigo de cargo, pero cumplía cadena perpetua por homicidio en primer grado. Contaba treinta y siete años, era alto, fuerte, de duras facciones y fríos ojos negros. Había ido a la Universidad y fue teniente de «marines» en Corea hasta que alguien reveló en un periódico que solía convertir en balas

«dum-dum»

los proyectiles de su pistola y su metralleta. Eso le costó un Consejo de guerra y la pérdida de su graduación, más cierta permanencia en una prisión militar, dejándole el apodo y también un profundo rencor hacia la milicia en particular y la sociedad en general. Puesto en libertad y desmovilizado, no había tardado en demostrar sus sentimientos, culminando con el asesinato a sangre fría del

periodista que lo descubrió, asesinato que no le pudieron probar, aunque centró sobre él la atención de toda la Prensa del país. Gracias a eso, meses más tarde era capturado, convicto de un nuevo crimen de sangre, y recluido en San Quintín, donde gozaba de mucha consideración entre sus camaradas.

—Grabaos bien todas las instrucciones —dijo con su voz metálica, desagradable, en tono bajo—. Y no olvidéis que el menor fallo lo echará todo a rodar.

—Descuida —le contestó Sam con una mueca—. Ya sabes que puedes confiar en nosotros.

—Yo no confío en nadie. Os conviene tanto como a mí que esto salga bien.

—Entonces, mañana...

—A las siete y cuarenta y cinco vendrán a recoger la basura, como de costumbre. Estaréis en el turno de limpieza, de forma que deberéis bajar los recipientes al patio. Los demás se mantendrán pasivos, saben lo que les conviene...

Siguió dando instrucciones, que los otros dos escuchaban atentamente, mientras en el patio los presos disfrutaban de su diaria ración de ocio al aire libre y nadie parecía darse cuenta de lo que estaban tramando...

Más tarde, Holker ingresó de nuevo a su celda del piso segundo, compartida con otro condenado a cadena perpetua, un tal Winner, que había dado muerte a su esposa para cobrar el seguro de vida. Winner era un hombre de cincuenta años, cabeza ovoide y ojos saltones, medio calvo, siempre con gafas que le prestaban una expresión de intelectual. Durante largo tiempo había sido contable en un poderoso banco de la ciudad de Houston, Texas, y sólo fue atrapado por uno de esos fallos casi incomprensibles que cometen todos los criminales demasiado hábiles e inteligentes. A la sazón era uno de los presos empleados en la biblioteca.

—¿Todo marcha bien, Ernie? —inquirió.

Holker asintió con un gesto.

—Sí. Espero que esos dos no cometerán fallos a última hora.

—Tú los escogiste; dijiste que eran los mejores.

—Y lo son.

Winner esbozó una sonrisa suave.

—Me hago cargo de que estarás nervioso...

Holker se revolvió con violencia.

—Yo no tengo nervios, Winninger, no se olvide.

—Claro que no los tienes. —Winninger no parecía demasiado impresionado—. Pero incluso el más templado siente cierta inquietud inevitable en vísperas de jugárselo todo a una carta. Es como cuando en la guerra hay que salir al ataque. Yo también la hice, en Europa, ya sabes...

Holker no le contestó. Hosco fue a sentarse en su camastro y encendió un cigarrillo. Winninger prosiguió con su fría, calmada voz:

—Ahora yo no tengo nervios, porque no voy a salir... aún. Durante años lo he planeado todo pacientemente y conforme se acerca el gran día siento que me invade una gran exultancia, pero eso nada tiene que ver con el nerviosismo. Si todo se realiza tal y como está preparado, mañana por la noche vosotros os encontraréis libres, fuera de aquí... Recuérdalo, Ernie. Sin mí, no habrá nada.

Lo dijo con infinita suavidad. Holker lo miró de reojo, ceñudo.

—No necesitas repetírmelo. Y sabes muy bien que saldrás.

—Sí, claro... Pero por si a alguno de los otros muchachos se le ocurren ideas tontas...

—Yo soy el que tomará las decisiones una vez fuera de aquí, y nadie más.

Winninger sonrió y asintió.

El turno de limpieza entró en servicio a las siete de la mañana de un día frío, lluvioso y desapacible, tal como predijera el día anterior la emisora de radio. Bajo la vigilancia de uno de los empleados de la prisión, un grupo de seis hombres procedió a cargar la basura en los camiones que diariamente la sacaban. Los hombres trabajaban silenciosos, sin demasiada prisa, como si no les importaran la lluvia y el frío. El agente, rifle en mano, no les quitaba ojo...

Prowsett y Leskowitch estaban en el grupo. El último camión a cargar tenía a un ayudante nuevo, un hombre joven, de rudas facciones y nada hablador, tampoco demasiado activo. Ya estaba casi toda la basura terminada de recoger en el camión cuando aquel hombre hizo una leve seña a Leskowitch, el cual se detuvo en su tarea y se tambaleó, apoyándose en el vehículo.

El vigilante se le acercó, malhumorado.

—¿Qué te pasa a ti ahora, Leskowitch? Vamos, sigue.

—Me siento enfermo, Pat. De veras...

Prowsett estaba a dos pasos detrás de Leskowitch y los demás también le daban frente, habiendo dejado la tarea. Se acercó al presunto enfermo mientras hablaba...

En el mismo instante en que daba la espalda al ayudante del camión, éste movió veloz y certero el instrumento de largo mango terminado en un rastrillo de acero con que removía y acomodaba la basura dentro del vehículo.

El golpe fue tan certero como efectivo. El guardia emitió un sordo gemido y se tambaleó, soltando su rifle. Veloz, Leskowitch cogió el arma mientras Prowsett sostenía al vigilante. Los otros cuatro se movieron...

—¡Aprisa!

Dos de los presos arrastraron al desvanecido vigilante hacia la pared, donde habían varios depósitos vacíos. Y uno de ellos se acurrucó sosteniéndolo como si se encontrara un poco cubierto por el breve tejadillo, vigilando la tarea, mientras los otros tres se movían con indiferencia. En cuanto a Prowsett y Leskowitch saltaron como gamos dentro del camión, escurriéndose en su interior. El ayudante cerró la tapa dejándola bien asegurada. Había un par de rejillas para permitir la salida de aire infecto, abiertas a los costados del camión.

El ayudante fue a la cabina y subió. El conductor, hombre grueso y de cara abúlica, llevaba ocho años haciendo aquel servicio y no se había movido de allí. Un poco al fondo, otros dos vigilantes se movían, uno en el patio, el otro sobre un muro interior, atentos a la tarea de los presos. Pero ninguno pudo advertir la rapidísima acción.

—Vámonos ya...

El ayudante parecía muy tranquilo. El conductor del camión lo puso en marcha y lo condujo despacio hacia la salida.

Nunca nadie había intentado fugarse de aquella prisión usando tal sistema. En realidad, se consideraba poco menos que imposible escapar de San Quintín y los hechos lo habían demostrado. A decir verdad, resultaba casi ridículo, totalmente absurdo, el intento.

Pero es bien sabido que los fallos de los criminales más listos suelen ser realmente ridículos, así como, a veces, un gran

matemático se puede equivocar en una simple suma. Todo el sistema de prevención vigente en San Quintín partía de la base de su casi inexpugnabilidad y tenía en cuenta todos los factores posibles en la presunción de que los presos y sus cómplices se exprimirían el cerebro ideando enrevesados planes de fuga.

A nadie se le había ocurrido la posibilidad de que dos presos trataran de fugarse dentro del camión de la basura precisamente porque debía darse por descontado que tal camión sería especialmente revisado.

Pero los hombres no son máquinas. Y los empleados de San Quintín eran hombres. Conocían al conductor desde hacía ocho años y durante digamos siete y medio habían efectuado la revisión; últimamente con una rutina cada vez más relajada. A la sazón, eran muchas las ocasiones en que tal revisión no se realizaba. ¿Qué preso iba a enterarse? Ninguno... Aparte de que no pasaba todos los días.

Pero pasaba. Y ahora, con un intercambio de saludos y alguna chanza, el camión pasó sin que los guardianes de las puertas, ni siquiera los encargados del control, se tomaran la molestia de abrir las compuertas del vehículo para husmear en su maloliente interior. ¿Quién diablos iba a escaparse allí? Alguna vez se había comentado que intentarlo era como anticipar la cámara de gas...

Cuantío se descubrió la fuga, el camión de basura estaba solo a quinientos metros de la cárcel, avanzando bajo la lluvia y la neblina del amanecer por la carretera que conducía al penal y a menos de cien metros de otra carretera estatal con no excesivo tránsito a tal hora. El conductor oyó las sirenas y detuvo el vehículo, intrigado.

—¡Vaya! Parece que alguno se ha...

—Abajo.

El conductor se quedó mirando la pistola súbitamente aparecida en la mano de su ayudante. El que tenía normalmente había enfermado y desde hacía unos días le colocaron a aquel individuo con quien apenas si intimó. Ahora se mojó los labios con la lengua y gorgoteó:

—De modo que es eso... Estás Joco, os atraparán...

—He dicho que bajes. Aprisa. ¿O quieres morir?

El conductor no quería morir. Abrió y bajó, seguido por su ayudante, que le hizo ir a la trasera del vehículo. Desde dentro ya habían levantado la compuerta los dos hígados, que salieron

bufando y resollando de manera expresiva.

Un culatazo puso fuera de combate al conductor del camión. Y mientras los dos presos corrían a campo traviesa hacia la otra carretera, el ayudante metió al desvanecido conductor bajo el vehículo, de manera que semejaba estar investigando una avería. Luego corrió por la carretera adelante...

Los dos fugitivos emplearon minuto y medio en alcanzar la carretera. Y en el momento que llegaban a la misma por la cercana curva dobló, a velocidad muy moderada, una camioneta cubierta con las marcas de una lavandería. Su conductor arrimóse a la cuneta, los presos saltaron a la carretera y abrieron las puertas traseras, simplemente encajadas, tirándose dentro. Inmediatamente el vehículo aceleró.

Un potente automóvil deportivo estaba parado casi en la confluencia de la carretera del penal con la otra. Una muchacha rubia ocupaba el asiento delantero y daba muestras de nerviosismo. El ayudante del camión llegó a la carrera. Se había quitado la chaqueta de cuero y la gorra del mismo material. Sin hablar, se metió en el vehículo, cuyo motor estaba en marcha, tomó el volante y aceleró, mientras la muchacha metía las prendas de cuero debajo del asiento. Vehículo deportivo y camioneta de reparto se cruzaron segundos después, cuando ya salían los patrulleros de la policía a toda velocidad.

La camioneta aminoró la marcha cinco minutos más tarde. Estaban en un punto solitario y desolado, entre dos curvas amplias por un desmonte largo. Venía, poderoso y renqueante, un gran camión de mudanzas en opuesta dirección.

Los dos fugados saltaron como gamos de la camioneta al cruzarse ambos vehículos. Sobre sus ropas de penado llevaban sendas gabardinas y cada cual un bulto de ropas de paisano atadas, las cuales echaron dentro del gran camión de mudanzas cuyas puertas traseras había abierto un hombre que estaba en su interior y los ayudó a subir. La camioneta de lavandería prosiguió su camino a una velocidad razonable.

A los dos minutos, el gran camión se cruzó con un patrullero de la policía, pero no fue detenido. Algo más adelante, un par de motoristas sí lo hicieron. El conductor inquirió, cachazudo:

—¿Qué sucede, agente? ¿Alguna fuga?

—Dos presos peligrosos. ¿Qué transportan?

—Muebles de una empresa publicitaria. Ahí detrás va un hombre, por si quieren inspeccionar.

—¿No han visto nada extraño?

—Desde luego que no. Y sólo hemos cruzado con un par de coches y la furgoneta de una lavandería...

El agente que fue a la parte trasera encontró a un hombre muy tranquilo y a un amontonamiento bien estibado de muebles de oficina y grandes cajones de embalaje. No pudo sospechar que dos de aquellos cajones ocultaban a los fugados...

En cuanto al conductor de la furgoneta de lavandería aguantó estoicamente el interrogatorio a que lo sometieron.

—Oí la sirena cuando me encontraba a unos doscientos metros más acá de la bifurcación. No me detuve porque no era asunto mío. No, no vi nada. El tiempo está muy malo y el asfalto resbaladizo...

Era un hombre casi viejo, con lentes, tipo de menestral. Y dentro del vehículo había un amontonamiento de prendas sucias que, según dijo, llevaba a su lavandería. La somera inspección no demostró nada raro a los agentes.

En realidad, todas las sospechas recayeron sobre cierto coche deportivo de gran potencia de motor, que había visto el conductor de la furgoneta parado junto a la bifurcación con una muchacha rubia dentro. La declaración del conductor del camión de basura y las de los empleados de la misma prisión permitieron dar una descripción muy exacta del ayudante, tanto que un patrullero policial avisó haberse cruzado con el coche deportivo, el cual era conducido por un individuo de tales características acompañado por una rubia. Entre el punto donde los localizaron y la prisión había casi cinco millas, cuatro bifurcaciones de carreteras y suficiente espacio para que los dos fugitivos, tras ir acurrucados en el asiento trasero, transbordaran a otro vehículo...

Aún estaba revuelto el presidio cuando sacaron a Ernie Holker de su celda para conducirlo a la ciudad, donde se le iba a celebrar un juicio a puerta cerrada a consecuencia de haber prosperado determinada petición legal de su abogado. Eran las tres y cuarto de la tarde cuando el coche celular que lo conducía abandonó el presidio...

Una hora y cinco minutos más tarde el coche celular penetraba

en un túnel por debajo de la gran autopista norte-sur, a cuatro millas de la ciudad. Dos obreros estaban reparando algo a la entrada del túnel y un «Crysler» negro último modelo se hallaba detenido a un lado, con su conductor comprobando algo en un mapa de carreteras. Llovía fuerte.

El vehículo policial se proponía tomar la gran autopista al salir del túnel, siguiendo la gran rosa de carreteras que cambiaba las direcciones. A aquella hora del día la circulación, incluso por la autopista, no era excesiva. En el túnel entraron ellos cuando por la parte opuesta lo hacía un gran camión de mudanzas, el techo de cuyo remolque quedaba a metro y poco más del piso de la autopista. Como venía despacio, el coche celular no tenía problemas de paso.

Los tuvo de repente, cuando al cruzarse ambos, el conductor del camión realizó una maniobra súbita, bloqueando el túnel. El agente que guiaba el coche celular trató de impedir el choque, pero no le fue posible. Sin embargo, no fue un golpe violento, aunque sí suficiente para provocar ligera conmoción no sólo a los dos policías de la cabina delantera, sino a los dos restantes que vigilaban a Ernie dentro del vehículo y a este mismo.

Cinco segundos después del choque el ayudante del camión sacó una pistola de aspecto especial y disparó, cuando intentaba abrir la portezuela, el conductor del coche celular. El pequeño proyectil penetró en la cabina y estalló contra la parte opuesta con un chasquido raro, saliendo rápidamente un humo amarillento, denso. De inmediato comenzaron a toser los dos agentes...

Los que estaban con Ernie, repuestos, echaron mano a sus armas y uno de ellos se acercó a la mirilla de comunicación mientras el otro apuntaba al preso, que tenía una sonrisita impasible. Pero por la mirilla estaba entrando ya gas y retrocedió tosiendo, aprisa.

—¡Gas tóxico!

El ayudante del camión abrió velozmente la portezuela, saltó al piso y terminó de abrir la de la cabina delantera del coche celular. Para entonces, sus dos ocupantes ya habían perdido los sentidos. De detrás del camión habían saltado dos hombres, vestidos con uniformes policiales, y uno corrió a la salida opuesta del túnel mientras el otro acudía en apoyo del ayudante del camión. Ambos llevaban máscaras antigás muy modernas, que se pueden colocar en

pocos segundos.

El ayudante del camión echó a tierra de un tirón al conductor del coche celular, subió a la cabina, metió el caño de la pistola por la mirilla de comunicación y disparó. El disfrazado de policía echó mano al verdadero agente que ya estaba sin sentido, lo sacó, se lo cargó al hombro y corrió con él a la trasera del camión de mudanzas. Por su parte, el conductor del camión ya había bajado y procedía a llevarse al chófer del coche celular.

En ambas bocas del túnel, la circulación estaba detenida. En una el falso policía, en la otra los presuntos obreros, habían actuado rápidamente.

—No pueden pasar. Den la vuelta, ha habido un accidente de tránsito...

Los conductores estaban a demasiada distancia, con sus parabrisas empañados por la insistente lluvia, para poder advertir demasiados detalles de lo que sucedía en el centro del túnel. Además, en Estados Unidos nadie se ocupa poco ni mucho de lo que le sucede a otro conductor. Así, los vehículos fueron dando la vuelta y retrocediendo en la opuesta dirección.

Tres minutos después de haber ocurrido la colisión, los dos policías que ocupaban la cabina delantera estaban dentro del remolque del camión y el gas letal se había disipado. El conductor y el ayudante del camión subieron de nuevo a su Vehículo, mientras el falso policía tomaba el volante del coche celular, en cuyo interior tanto Ernie como los dos guardias que lo escoltaban yacían inconscientes por el gas. Las caretas fueron guardadas y se vio que el ayudante del conductor del camión era el mismo que propició la fuga de Prowsett y Leskowitch.

Ambos vehículos maniobraron hábilmente, separándose sin grandes dificultades. El camión se arrimó a su lado de túnel y el coche celular avanzó, despacio, hasta la salida opuesta. Al llegar allí, se detuvo y subió el otro falso policía tranquilamente. Las huellas del encontronazo eran mínimas en el coche celular. Se alejó sin que nadie, entre los conductores que esperaban paso, abrigase la menor sospecha.

El camión también siguió camino. Y al llegar a la otra boca del túnel, los dos operarios que detenían el tráfico se movieron veloces, subiendo a su parte trasera. Se trataba de Prowsett y Leskowitch. El

pesado vehículo se alejó por su ruta tranquilamente mientras la circulación se restablecía por el puente. Todo había durado siete minutos de reloj...

CAPÍTULO II

—Un plan endemoniadamente perfecto y ejecutado con la máxima maestría, pero también con una suerte loca.

—Diga mejor que con muchas facilidades de nuestra parte. Ha habido demasiadas negligencias...

—De acuerdo. Pero quien planeó esto no podía saber que iba a haberlas, no es un adivino.

—Adivino o no, lo cierto es que en unas horas ha conseguido sacar de una de nuestras mejor guardadas cárceles a tres de nuestros más peligrosos hampones y ahora ignoramos dónde puedan estar.

—No han podido salir de la ciudad. Todas las carreteras, todos los aeropuertos, están bajo control, patrullas especiales registran los bajos fondos y hemos movilizado a toda la plantilla de agentes...

—Olvidan que hay muchos medios de escapar de una ciudad tan grande como ésta, o de ocultarse en sus diez mil escondrijos. Quien planeó esas fugas ya lo habrá previsto todo, incluso nuestra reacción. Y les advierto, señores, que estamos en entredicho. Vengo directamente del despacho del Gobernador, que me ha ordenado les advierta su deseo de obtener pronto resultados. Esos tres hampones han de regresar a la cárcel inmediatamente y quien los ayudó a salir ha de hacerles compañía. Si esto no sucede en breve plazo habrá una profunda remoción de puestos de nuestro Departamento, se lo aviso.

Había cinco representantes de las fuerzas policiales en la oficina del Fiscal General del Estado y todos ellos demostraban visiblemente su disgusto y nerviosismo. El propio Fiscal no ocultaba su mal humor.

—Hacemos cuanto está en nuestras manos —aseguró el jefe de

Policía de la ciudad—. Usted lo sabe...

—Tiene que saberlo la ciudad, se lo tienen que decir los periodistas, contándoles que esos hampones y sus cómplices han sido capturados antes de que puedan cometer fechorías. ¿Saben lo que dicen los periódicos ahora? Léanlo.

Les señaló los periódicos de la tarde tirados sobre su mesa. Pero sus interlocutores ya los habían leído.

—Hemos solicitado ayuda al

F. B. I.

—graznó otro de ellos—. No hay un medio que no esté puesto en acción para lograr una rápida captura...

Pero todos sentíanse agobiados por el peso de abrumadoras responsabilidades, casi colocados en ridículo. El coche celular había sido encontrado en un destartelado almacén de las afueras, a tres millas del túnel, abierto y con dos agentes aún inconscientes por los efectos del gas que tragaron. Los dos restantes fueron hallados dentro del camión de mudanzas, en una carretera secundaria a una distancia de dos millas del puente en dirección opuesta. Ni uno ni otro vehículo habían proporcionado huellas digitales, los agentes nada pudieron contar que fuera de real interés. El camión había sido alquilado para una mudanza normal por una respetable empresa; pero fue atacado mediante la engañifa de un falso agente de circulación, los verdaderos empleados secuestrados y dejados en una casa cuyos dueños estaban ausentes hacía dos semanas; la camioneta de la lavandería también fue robada, así como el coche deportivo... En cuanto al ayudante del camión de basuras siempre usaba guantes en su tarea, pero había podido ser identificado como Lou Pritchard, un hampón peligroso, un pistolero con varias condenas en su haber, todas de poca monta. Y eso era todo, a las doce horas de la fuga de Prowsett y Leskowitch, a las tres horas y media de haberse fugado no menos espectacularmente Ernie Holker. La ciudad se había sacudido con la doble noticia y la Prensa estaba volcándose en una ofensiva contra las fuerzas policiales, especialmente contra la prisión federal...

En su confortable y seguro refugio, en el sótano de un pequeño almacén situado en un barrio periférico de la ciudad, completamente tranquilo y formado casi del todo por pequeñas industrias, Ernie Holker, aún ligeramente afectado por el gas,

terminó de leer la selección de periódicos y miró a la muchacha rubia que tenía delante. Estaba sintiéndose muy satisfecho de sí mismo.

—Bien, hemos puesto en danza a toda la ciudad. Ahora verán quién es Ernie Holker...

Ella era «Bluebird» Anne Rogers, antigua corista de «*night-clubs*» y especialista en «*strip-tease*», luego amante de Ernie Holker y desde hacía unos meses esposa oficial de un tendero de la calle Ochenta y Cuatro, el cual no había tocado a su mujercita, pero gozaba de una razonable prosperidad desde su matrimonio. Guapa, con esa belleza de serie común a las estadounidenses, tenía la mirada fría y ahora en su actitud una mezcla de admiración y preocupación.

—Se han lanzado sobre vosotros como una jauría, Ernie —dijo—. ¿Crees que los podrás despistar?

Ernie rió en tono bajo, luego se le acercó y la cogió por los hombros. Estaban solos desde hacía pocos minutos y no había que temer intromisiones.

—Ya conoces a tu Ernie. Pasado mañana estaré fuera de la ciudad sin ninguna dificultad. Prowsett saldrá esta misma noche, como un fardo de manzanas, y Leskowitch mañana en la bodega de un pesquero de altura. Todo está muy bien planeado, gatita...

Se puso a acariciarla con el hambre acumulada en dos años y medio de presidio. Ella le dejó hacer e incluso le correspondió, pero seguía preocupada.

—¿Y luego, qué?

Ernie la besó en el cuello vorazmente. Y la miró a los ojos.

—Luego nos aguarda una gran tarea. Y el botín más fabuloso que te puedas imaginar. Cuatro millones de dólares, en valores y billetes que no estarán marcados, un trabajo de veinte minutos que nos convertirá en ricos para siempre. Yo, Ernie Holker, voy a cobrarle a la sociedad lo que me debe, gatita. Con réditos...

Ella lo conocía bien y estaba al tanto de su obsesión.

—No estarás planeando nada contra el Ejército...

Holker la miró con gran fijeza, con una tremenda dureza en las pupilas.

—No hagas preguntas, gatita —le dijo—, y no tendrás pesadillas.

Aquella misma noche, Sam Prowsett salió de la ciudad metido dentro de un cajón de embalaje, con la etiqueta de «Manzanas

Selectas», en un coche de ferrocarril, formando parte de un envío de tránsito por la ciudad. A cincuenta metros del lugar donde lo cargaron tranquilamente en un camión para llevarlo al tren, una patrulla de la policía sostuvo un tiroteo con otro hampón de mala fama media hora más tarde, en el curso de una «razzia» por la demarcación. Y el hampón murió...

A la noche siguiente, Joseph Leskowitch, vestido como los marineros de los barcos que se dedicaban a la pesca de altura, se apeaba de un taxi en una calleja oscura cercana a los muelles y seguía su camino tranquilamente. Por dos veces pasaron él y el hombre que lo había estado esperando por delante de policías uniformados.

Ya en el muelle, dos agentes del F. B. I, que andaban husmeando por allí los vieron llegar sin prisas y como que no sospecharon la identidad de aquel marinero, cambiaban unas palabras con uno de los guardamuelles, alejándose luego.

—Son marineros del «Jeannette», un pesquero de altura que hace la ruta de Alaska —les informó el guarda muelles—. Al más joven no lo conozco, pero el otro es el cocinero y viejo amigo mío...

Los agentes del F. B. I, realizaron una visita al pesquero, no obstante. El patrón, hombre rudo y malhumorado aspecto, los acogió hoscamente. Sus hombres laboreaban sobre cubierta y en la orilla, alistando la partida.

—No sé qué demontres andan buscando, pero si es contrabando pierden el tiempo. Entren y miren lo que sea, pero yo parto dentro de media hora, se lo aviso.

—Estamos buscando a estos tres hombres. ¿Los conoce?

—Hum... Como todo el mundo, los periódicos y la televisión se han encargado de popularizarlos. ¿Piensan que los tengo en mi barco? Ésa sí es buena...

—¿Cuántos hombres lleva en su tripulación?

—Nueve. Los puede usted contar.

Los nueve pescadores estaban a la vista. Y dos de ellos vestían como el acompañante del cocinero. Los agentes del F. B. I, sabían que el «Jeannette» solía realizar contrabando, pero no era aquello lo que andaban buscando. Y como no habían visto la cara al compañero del cocinero, tras una somera inspección ocular abandonaron el lugar. Cinco minutos después, Leskowitch llegó

silenciosamente, remando en un pequeño bote, subió a bordo y se escurrió por la escotilla de proa sin ser visto, pues los marineros estaban todos a popa, por orden del capitán.

El propio Ernie salió de la ciudad a la noche siguiente, pasando por delante de las narices de numerosos agentes y por lo menos cuatro controles policíacos. En ninguno de los controles imaginaron que el Frank J. Pearson que viajaba a San Luis de Missouri dentro de una caja de cedro con incrustaciones de plata fuese el hombre al que estaban buscando. Incluso cuando se intenta capturar a un hampón notable que se ha fugado de presidio existe cierto respeto hacia los muertos, sobre todo si ocupan un suntuoso ataúd y los acompañan, con las naturales muestras de dolor, la desconsolada viuda y el no menos desconsolado hijo. Así el ataúd de Frank J. Pearson fue colocado en un coche especial del expreso «Continental Arrow», la viuda inconsolable y el hijo entristecido subieron a un coche-cama del mismo tren y un aburrido funcionario de la empresa de pompas fúnebres se quedó con el muerto.

En un frío y nevado amanecer, cuando el expreso se hallaba detenido por un minuto escaso en la a la sazón solitaria estación de Franklinfield, a ochocientos kilómetros del punto de partida y fuera de los límites del Estado, la puerta del coche especial se abrió lo suficiente para que un hombre envuelto en un abrigo oscuro saliera rápidamente, saltando a las vías y perdiéndose aprisa en la oscuridad. Cuando el expreso se alejaba hacia el este, Ernie Holker, cómodamente arrellanado en el asiento trasero de un «Lincoln» negro que había estado aguardando desde quince minutos antes en una calleja cercana a la estación, encendió un cigarrillo y ordenó al conductor del vehículo:

—Adelante, Lou. Ya sabes el camino.

Y, con una dura sonrisa, Lou Pritchard dobló la próxima esquina enfilando la carretera hacia el sur.

CAPÍTULO III

Aquella cabaña de cazadores se encontraba ubicada en Sierra Lugones, un macizo montañoso aislado en medio de un vasto territorio escasamente poblado. A la sazón, con las primeras nevadas entorpeciendo el tránsito en los montes, la afluencia de cazadores era ciertamente muy escasa.

Ernie Holker, Prowsett, Leskowitch, Lou Pritchard, «Dads» Adam Gustafson y Vito Marcello, éstos últimos hampones bien conocidos de la policía en Los Ángeles y otras ciudades californianas, pero momentáneamente en libertad provisional uno y el otro sin deudas con la Ley, se encontraban reunidos en torno a una mesa sobre la cual se hallaba desplegado un mapa de carreteras y topográfico muy detallado, de los usados por las Fuerzas Armadas. Unos fumaban, otros también bebían, pero parcamente. Todos estaban atentos a las palabras de Ernie, su capitán en aquella empresa.

—Ésta es la situación. Mañana llegará a Torrington el envío mensual de dinero para abonar sueldos y pagar las facturas de suministros a la base del Ejército en Fort Benning. Invariablemente, tales envíos son hechos en un coche blindado unido al superexpreso que sale de Houston a las nueve y cinco de la mañana, llegando a Torrington a las cuatro y cuarenta de la tarde del día último de cada mes. Cuando, como en este caso, el día último cae en sábado, el dinero es encerrado en la caja fuerte de la sucursal del Texas and Caribbean Bank en Torrington, donde permanece hasta la mañana del lunes, en que es recogido por un coche especial del Ejército. Eso significa que permanece treinta y ocho horas en esa caja fuerte. ¿Comprendido?

El silencio le dio un consenso general. Siguió su informe con la seca concreción de un jefe de Estado Mayor indicando un plan de

operaciones a sus oficiales con mando directo.

—Mañana es sábado y último día del mes. Eso significa que el envío mensual partirá de Houston como de costumbre y llegará a Torrington a la hora acostumbrada. Desde la estación al banco será conducido en un coche blindado con escolta y a las cinco en punto de la tarde guardado en la caja fuerte. Terminada esa operación el Banco cerrará sus puertas hasta el lunes. Quedará el vigilante nocturno en el interior y una ronda de dos policías armados con metralletas permanente alrededor del edificio. Su tarea consiste en dar una vuelta cada quince minutos con una duración de siete, comprobar que permanecen intactas las puertas y ventanas del edificio y vigilar a todo el que se acerque. Los relevos se efectúan cada dos horas.

Hizo una pausa como esperando preguntas, pero nadie se las hizo. Así, tomó un corto trago de *whisky* del vaso que tenía en la mano izquierda y prosiguió:

—Torrington tiene una población de cuatro mil seiscientos habitantes, de los cuales una cuarta parte se marchará en el fin de semana. El *sheriff* local dispone de seis hombres para todo servicio, de los cuales dejará durmiendo a dos, mientras los cuatro restantes se turnan en la custodia del Banco y la vigilancia de la población. Normalmente, cuando hay tanto dinero en el Banco el *sheriff* duerme en su oficina, la cual está situada a dos manzanas más allá, exactamente aquí. Su teléfono se mantiene en línea libre con el Banco, y también con Fort Benning, durante toda la noche...

Hizo una nueva pausa. Los hombres que estaban escuchando no despegaron los labios. Sabían a qué habían venido, aunque no todos los detalles del golpe.

Ernie Holker se tomó ahora algún tiempo para la tarea que se proponía realizar. No había sido fácil, ni tampoco conjuntarlo todo para escapar de la prisión, primero, y a la persecución de la Ley, después, pero ya llevaba en libertad dieciocho días y nada hacía suponer que hubieran sido localizados. Ahora Ernie se regodeaba...

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo por fin—. Tú, Sam, estarás a las doce y diecisiete minutos delante de la central telefónica. Exactamente a las doce y dieciocho entrarás en ella y pondrás fuera de combate a la empleada del servicio nocturno. A las doce y veintiuno llegará Rudy, saldrás y caminarás hacia el Banco. Deberás

hallarte delante de la oficina del *sheriff* a las doce y veinticinco. En ese momento los dos policías que habrán hecho su ronda normal por el pueblo habrán entrado ya y estarán dando el parte, disponiéndose a relevar a los otros. Bárelos a todos con tu metralleta, cierra la puerta y acude al Banco. ¿Entendido?

—Perfectamente —respondió Prowsett con una mueca cínica—. No se me va a olvidar.

Ernie se encaró con Gustafson y Marcello.

—A las doce y veinte minutos estaréis en el empalme de carreteras, junto al poste de alta tensión. A las doce y veintiocho minutos, en punto, volaréis el poste e, inmediatamente, vendréis a reuniros con nosotros. Vuestro trabajo es el más sencillo, pero esencial. La ciudad debe quedar a oscuras a esa hora.

Vito Marcello era un tipo acusadamente mediterráneo, de cabellos rizados y petulante bigote, con dos ojos duros y cínicos. Su mueca fue la de un hombre acostumbrado a tareas de aquella índole. Ernie lo miró un instante esperando su respuesta y, al no llegar, prosiguió:

—«Rough», Lou y yo llegaremos delante del Banco a las doce y veinticinco minutos justamente. Barreremos a los dos vigilantes con una sola ráfaga de metralleta y colocaremos al coche en posición, disparando sobre el Banco apenas se produzca el apagón. Calculo que necesitaré tres disparos para abrir brecha en la pared de piedra y ladrillos, o sea dos minutos y medio escasos. Lanzaremos un par de granadas de gas al interior por si el vigilante anda cerca y entraremos inmediatamente, mientras Sam cubre la puerta. A las doce y veintinueve minutos estaremos delante de la caja fuerte, a las doce y treinta y dos haremos saltar la puerta con gelignita...

—¿No destruiremos el dinero? —inquirió Marcello—. Ese explosivo es muy potente...

Ernie lo miró de reojo.

—Explícaselo, «Rough».

—Con mucho gusto. —Leskowitch tenía una sonrisa ligeramente infatuada—. La caja fuerte de ese Banco es del modelo Cranston Especial, pesa catorce toneladas y tiene siete paredes de acero al molibdeno con un espesor de ocho centímetros, la puerta es del mismo espesor. Pero las bisagras de acero sobre las cuales gira al abrirse son su punto flaco. Disparando contra ellas un proyectil

perforante del calibre 7,7 con el «bazooka», a una distancia de ocho metros, podremos conseguir un agujero de más o menos diez centímetros de diámetro y entre cuatro y cinco de profundidad. Colocaré en ellos dos cargas de gelignita especialmente calculadas y las detonaré al mismo tiempo. Destrozarán las bisagras sin alcanzar las sacas de dinero, porque estarán protegidas por las bandejas de acero del interior de la caja fuerte. Podremos separar la puerta sin mayor esfuerzo ni riesgo para la «pasta» y sacarla tranquilamente.

—El dinero estará en cajas metálicas especiales —le interrumpió Ernie—. No habrá ninguna dificultad para sacarlo. Cada caja viene a pesar unos doce kilos y está provista de asas a sus extremos para facilitar el transporte. Según los cálculos hechos habrá ocho cajas...

—¿Cuánto dinero se ha calculado para la remesa?

—En el campamento de instrucción del Ejército de Fort Benning hay en la actualidad cuatro mil doscientos diecisiete hombres, de ellos cuatrocientos treinta y nueve oficiales y suboficiales. Tengo una copia completa de la lista de personal fijo y otra del penúltimo estadiño de compras de suministros. Según mis cálculos, en esas cajas hemos de encontrar entre tres millones y medio y cuatro millones.

Era una suma como para hacer respirar hondo a cualquiera. Pero los hombres que la escucharon tenían los nervios a prueba. Marcello inquirió:

—Aún no dijiste a cuánto vamos a tocar.

Ernie lo miró fijamente. Vito Marcello tenía al menos una docena de asesinatos sobre su conciencia y había sido un excelente soldado en Corea, estaba en posesión de varias condecoraciones. Su sangre fría y su crueldad habían sido probadas demasiadas veces...

—Este negocio fue planeado por un hombre que está en San Quintín —dijo—. Ese hombre tendrá que ser sacado de allí y recibirá el veinticinco por ciento del dinero. Los gastos habidos hasta la fecha en la preparación del golpe suman cuatrocientos once mil dólares, cantidad que cubre todo hasta que hayamos abandonado el país a salvo. El hombre que ha financiado la operación exige el treinta y tres por ciento de los beneficios. Quedarán aproximadamente millón y medio. Yo he tenido el mando de esto desde el principio y, por tanto, mi parte será doble. Somos siete a repartir. Habrá sobre doscientos mil dólares limpios para

cada uno de vosotros, la mitad para Rudy y el doble para mí. Eso fue lo convenido al contratarlos.

Marcello esbozó una de sus muecas heladas, un tanto sardónicas.

—Así es. Y no estoy oponiendo objeciones, sólo deseaba saber con cierta exactitud el dinero que me va a reportar este trabajo.

—Pues ya lo sabes.

—¿Qué hay de la facilidad de manejo de la «pasta»? —inquirió Rudy. Era un mozo de poco más de veinte años, pero ya con un largo historial delictivo, un criminal nato—. Supongo que los billetes estarán reseñados...

—Lo están. Una copia de la lista de números se encontrará en el cajón derecho superior de la mesa de trabajo del director del Banco. El original será robado del despacho del contable mayor en la central de Houston mañana mismo. No habrá nadie que pueda identificarlos.

—¿Y qué hay del modo de sacarlos? Cuatro millones abultan mucho...

—A las doce y cuarenta, como hora tope, las cajas deberán encontrarse en los dos automóviles. Tú, Marcello, tomarás la carretera 283 hasta la bifurcación del Cow Creek y te meterás por ella. Te estará esperando un helicóptero en los terrenos de la granja que hay tres millas más arriba de la bifurcación. Meteréis allí las cajas que vais a llevaros y el helicóptero os conducirá al campo de aviación abandonado de Silly Plains. Nosotros escaparemos por la carretera 28, torceremos por la 285 al sur, cogeremos otro helicóptero más lejos y llegaremos a Silly Plains doce minutos después que vosotros hayáis despegado. Vosotros volaréis directamente al Golfo, para aterrizar en Jamaica. Nosotros vamos a volar a Méjico, seguiremos camino en automóvil, cogeremos otro avión en Ciudad Méjico y marcharemos a Tepotzal, donde os vamos a esperar. Allí permaneceremos ocultos en la hacienda del hombre que financia la operación hasta que sea posible distribuirnos por el mundo sin complicaciones. Ese mismo hombre se va a encargar de la colocación del dinero en Europa. Con un poco de suerte, todos podremos olvidarnos para siempre, o al menos por mucho tiempo, de las preocupaciones económicas. ¿Algo más que preguntar?

Ahora, todos semejaban satisfechos... con una excepción. Marcello insistió suavemente.

—Sólo un par de preguntas.

Ernie lo miró con fijeza.

—Hazlas.

—¿Hay que darle obligatoriamente el veinticinco a ese cerebro de San Quintín?

—Hay que dárselo.

—Pero ¿no es mucho? Después de todo, nosotros nos arriesgamos mientras él se queda tan tranquilo...

—Escúchame, y que valga para todos: No se trata de riesgos, sino de que en esta operación cada cual corre con su parte de tarea. Nosotros no tendríamos esta oportunidad sin él, que se ha ocupado del plan durante años hasta en sus menores detalles, proporcionándonos también el medio de establecer algunos de los contactos más indispensables. La cuarta parte, para un trabajo así, no es demasiado. Pero hay más.

—¿Qué?

—Él tiene cerebro y sabe que hay hombres como tú. Me advirtió que, si lo traicionábamos, no gozaríamos de nuestro dinero. Tiene oculta en alguna parte de la biblioteca del penal una relación detallada de todo el negocio, nuestros nombres y cuanto la policía necesita para echarnos el guante. Y no podemos encontrarla porque ninguno de nuestros contactos allí puede entrar en el departamento de la biblioteca donde él la ha escondido. Aunque pudiera, no habría modo de registrar los cientos de libros sin despertar inmediatas sospechas. ¿Satisfecho?

Marcello hizo una mueca.

—Sí. Olvídalo...

—¿La otra pregunta?

—El financiero. ¿Quién nos garantiza que, una vez nos tenga reunidos en la selva mejicana, no nos liquida en una encerrona para quedarse con todo?

—Te lo diré. En primer lugar, es un hombre de negocios, que calcula todos los riesgos. No se arriesgaría a matarnos porque ignora las precauciones que hayamos podido tomar; pero, además, el «cerebro» guarda nuestra piel. Tiene que tener la certeza de que su parte está a seguro en un Banco suizo antes de salir de la prisión. El «financiero» lo sabe y nos conoce. Se conformará con triplicar su dinero sin más complicaciones.

Ahora, Marcello no tuvo más preguntas que hacer.

CAPÍTULO IV

Torrington era una pequeña ciudad situada en un valle a orillas de un río poco caudaloso. Hasta los tiempos de la Segunda Guerra Mundial había arrastrado la aburrida existencia de un villorrio exclusivamente dedicado a la agricultura y no contaba sino con unos centenares de habitantes. Pero cuando el Gobierno decidió establecer un campamento de instrucción para el Ejército en Fort Benning, un arruinado fuerte del tiempo de las guerras indias, la población se vitalizó, alcanzó los casi cinco mil habitantes, se crearon varias pequeñas industrias y, durante el tiempo que duró la guerra, corrió el dinero en abundancia. Fue entonces cuando se fundó la sucursal bancaria y comenzaron el envío rutinario de dinero para pagar sueldos y haberes, suministros y tareas de distintos géneros en el campo militar.

Pero cuando acabó la guerra todo se vino abajo y en pocos meses Torrington se despobló, quedando reducido a escasos dos mil habitantes que vegetaron mal que bien hasta que el estallido coreano volvió a abrir el cercano Campo de entrenamiento. Hubo otro período de auge hasta el final de la guerra de Corea, seguido de una nueva recesión. Mas para entonces la economía del pueblo se había afianzado, se diversificó y el número de los emigrantes no superó los dos millares, tampoco hubo una excesiva pérdida de prosperidad. Las gentes sanas del pueblo pensaron que no tardaría en surgir otro conflicto bélico que pusiera de nuevo en pie el campo de instrucción militar y no se equivocaron. Últimamente, Torrington vivía una nueva prosperidad.

El sábado por la tarde tres mil jóvenes reclutas procedentes del campamento de Fort Benning llegaron a Torrington y se dispusieron a divertirse todo lo posible. Dos tercios de ellos tomaron camino

hacia poblaciones más alejadas, pero también más bien dotadas de diversiones, y prácticamente la mayoría inmensa de los oficiales y suboficiales que salieron a disfrutar el fin de semana marcharon a tales ciudades, o al campo, aprovechando una breve pausa en el temporal de lluvias y nieves.

Pero el hecho de caer en fin de semana el comienzo de mes había dejado «en seco» a muchos, que prefirieron quedarse en el campo. Y de los que vinieron a Torrington el ochenta por ciento estaban sin un dólar a las diez de la noche del domingo, hora en que, indefectiblemente, por orden militar, los establecimientos de diversión cesaban de expender bebidas a los militares. Como quiera que a las seis y media de la madrugada los reclutas sabían que iban a levantarlos a toque de corneta, prácticamente todos ellos tomaron el camino de regreso al campamento. A las once de la noche del domingo, Torrington era una población muerta, con alguna gente en los dos cines de la localidad y buena parte de su población civil fuera gozando de su fin de semana; los demás cómodamente arrellanados delante de los televisores o en la cama. Quedaban, sí, dos o tres reuniones sociales de gente joven en edificios particulares, la consabida resaca de borrachos civiles en los establecimientos de bebidas, algún que otro soldadito metido en una cama con una de las bastante numerosas chicas alegres que solían desplazarse a Torrington los fines de semana...

El *sheriff* Ben Addington sentíase satisfecho. Aquél había sido un fin de semana bastante tranquilo, en comparación con los anteriores y a causa de la escasez de numerario de los reclutas. Naturalmente, los propietarios de centros de diversión no opinaban como él, pero resultaba lógico, ya que ellos defendían su negocio. Para él y sus subordinados, en cambio, había sido bueno...

Entró en el bar de Enosh Butler. Había apenas una docena de clientes, la mitad de ellos ya borrachos, y en un rincón una pareja bailando el último éxito de Rudy Melchior, una especie de cosa estridente llena de aullidos. Ella, sobre todo, semejaba hipnotizada. La chica menor de Tad Markus... Llevaba mal camino; Addington sospechaba que se drogaba y, desde luego, ella había debido pasar ya por los brazos de la mitad de los reclutas de Fort Benning cuando aún no tenía cumplidos los dieciocho años. Él tampoco era trigo muy limpio, aunque su padre sí fuese excelente persona. Tal vez el

Ejército, que ya lo había llamado a filas, lo convirtiera en hombre...

La mujer beoda que se acurrucaba en una de las mesas con la mirada fija y un vaso casi vacío en las manos era Cinthya Contrell. Mala cosa que a una le maten el marido en la guerra a los once meses de casada. Ya antes le gustaba empinar el codo, pero ahora era mucho peor. Terminaría, copio la noche antes, tirada en el rincón de cualquier portal y habría que llevarla a su casa. O tal vez se encontrara con algún fulano de pocos escrúpulos que no le hiciera ascos a pasar un rato con una mujer borracha...

Palmeó la espalda de un hombre grueso, carilleno, de ojos abotargados, que bebía acodado en el mostrador.

—¿Qué, Lewis, haciendo tiempo para ir a casa?

El hombre lo miró de reojo e hizo una mueca.

—Usted sabe que aquello es un infierno...

Sí, el bueno de Lewis había tenido mala suerte, con una mujer y una suegra que eran verdaderas arpías...

Se acercó a Enosh Butler, que limpiaba unos vasos, y lo saludó como de costumbre.

—Hola, «sheriff»...

—Hola, Enosh. ¿Qué tal la noche?

—Ya lo ve. Igual que el día. Cuando el fin de mes cae en domingo todo se va al traste.

—Bueno, ya te desquitarás la semana que viene.

—Sí, claro... Pero yo me pregunto por qué condenadas razones burocráticas no pueden pagarles sus sueldos a esos muchachos el sábado...

—Ya sabes por qué. El dinero llega a última hora de la tarde; sólo se quedan en el Banco el director y el cajero para recibirlo.

—Pues que lo envíen el día anterior. Así nos ahorraremos todas las preocupaciones. Si no, vea: desde ayer hay un montón de dinero metido dentro del Banco y sin beneficiar a nadie, mientras los muchachos andan pidiendo de beber a crédito... Le digo que alguien debería hacer algo.

—Vamos, no te pongas así, hombre. Piensa que ocurre una vez cada cuatro o cinco meses, a lo sumo.

—De todas formas. Usted mismo dormiría más tranquilo en su cama que no en su oficina, como hace cada vez que debe custodiar uno de esos envíos.

—Yo duermo muy tranquilo, Enosh. Nadie va a ser tan loco que trate de asaltar el Banco y la prueba es que nunca nadie lo intentó. Hay demasiados soldados cerca y es dinero de las Fuerzas Armadas, delito federal...

Sí, el *sheriff* estaba muy tranquilo. A nadie iba a ocurrírsele asaltar el Banco de Torrington en un fin de semana, cuando la población hervía de soldados del cercano campo de instrucción y la Policía Militar patrullaba las calles. Incluso ahora, en la silenciosa placidez de una madrugada de domingo a lunes, la cosa resultaba inconcebible. Dinero de las Fuerzas Armadas, delito federal con todas sus implicaciones...

Se acercó sin prisa, cruzando la calle principal, al edificio de Correos y Teléfonos, que ocupaban sendas dependencias separadas en los bajos del mismo. Esta noche le tocaba guardia a Corinne Dermott, excelente muchacha con mala fortuna para atrapar hombres. Le haría bien un poco de charla...

Un viento frío, húmedo y desapacible, barría la calle; algunos establecimientos comenzaban a echar resaca de noctámbulos a las aceras. Vio llegar a Colin Chubbock, uno de sus agentes, haciendo su ronda y le salió al encuentro.

—¿Qué hay, Colin?

—Nada importante, *sheriff*. Abel se ha llevado a un borracho provocador a las celdas. Es ese tipo Dillmann, ya sabe.

—Sí... Bueno, hasta luego.

Antes de entrar en la oficina de teléfonos miró la hora. Eran las once y cuarto. Oyó llegar a un automóvil y miró para él con indiferencia. Un «Lincoln» negro último modelo, con dos hombres dentro, que le pareció miraban en su dirección. Pero el vehículo siguió camino a velocidad normal, desapareciendo.

Corinne Dermott tenía treinta y seis años y no era demasiado mal parecida, pero a pesar de ello y de su probada buena conducta no tenía suerte en cazar marido. Acogió al *sheriff* con una amplia sonrisa y lo invitó:

—Hola, *sheriff* Addington. Llega en el momento justo. Supongo que le apetecerá una taza de café...

—Naturalmente que sí. ¿Mucho trabajo?

—Como de costumbre. Este fin de semana hubo poco dinero en los bolsillos de los soldados y eso se nota.

—No me lo digas. No hallé un solo comerciante o industrial que no se me quejara. Todos opinan que el Gobierno debió pagarles por adelantado.

—Ellos defienden sus intereses.

Corinne le tendió un vaso de papel con café humeante que escancié de un termo y los dos bebieron. El *sheriff* suspiró, echándose atrás en su silla.

—Muchacha, haces un café inmejorable.

—Dígaselo a todos los hombres casaderos de la ciudad y a los que se amontonan en el campamento. A ver si alguno de ellos se decide...

Eran las once y treinta y cinco minutos cuando el *sheriff* abandonó el edificio de la centralilla telefónica para reanudar su ronda. Fue directamente al banco, que se encontraba dos manzanas más abajo. Gil Dawes, otro de sus agentes, se encontraba delante de la puerta y lo saludó.

—Sin novedad.

—¿Y Carlsson?

—Dándole una vuelta de ronda al edificio. Ben, se nos presenta una noche bastante fresca, demontres.

—Ya falta poco para relevaros.

Llegó Carlsson, el otro policía, saludando.

—Hola. Todo tranquilo.

En realidad, ninguno de los miembros del pequeño grupo policial esperaba nada. El *sheriff* se despidió de ellos cinco minutos después y reanudó su camino, yéndose a su despacho. La calle principal de Torrington comenzaba a cobrar el solitario y silencioso aspecto de las noches de entre semana; también una ligera neblina venida del río estaba contribuyendo a aumentar la impresión de paz y soledad.

Faltaban diez minutos para la medianoche cuando el *sheriff* entró en su oficina. Se fue al interior, donde estaban las celdas, en el sótano.

Como todas las noches de domingo, una colección de vagos y borrachos llenaba la celda principal. En otra se encontraban los dos jovencuelos que dos días antes trataran de robar en la tienda de Folsom, y en una tercera el granuja que se llevó con engaños a la chica más pequeña de los Lukask, de nueve años, y que trató de

violarla. Le había costado trabajo evitar que lo lincharan...

Sin embargo, Torrington era una ciudad bastante tranquila, donde la delincuencia no prosperaba. Sí, muchos reclutas provocaban problemas, a veces graves, como aquel jovenzuelo de Georgia que había degollado a una chica alegre dos semanas antes en la orilla del río; pero de eso se encargaban los militares. La suya era una tarea bastante apacible...

Daban las doce cuando el *sheriff* Addington regresó a su despacho y echó una ojeada al exterior, descubriendo a sus hombres efectuando el relevo delante del Banco. Todo iba bien...

Fue a sentarse en su sillón y echó mano al tabaco. Tomaría una taza de café con Dawes y Carlsson, luego se echaría un par de horas...

CAPÍTULO V

Ernie Holker miró su magnífico cronómetro suizo.

—Son las doce —dijo secamente—. Comprueben sus relojes.

Los dos hombres que lo rodeaban así lo hicieron. Hallábanse a un lado de la carretera, ocultos a las miradas de posibles viajeros por una fila de árboles y una depresión del terreno. Junto a ellos había dos vehículos, un «Lincoln» negro último modelo y un «Chrysler Phantom», cuyo remolque era, sin género de dudas, excepcional, ya que lo constituía un cañón ligero sin retroceso de los usados por los «marines» en sus operaciones, con una extraordinaria potencia de disparo. A corta distancia estaba el pequeño vehículo donde el cañón vino oculto hasta allí.

Ernie comenzó a dar órdenes secas, con el acento de un jefe de comando.

—Sam, vete con Rudy.

Sin rechistar, los dos aludidos se movieron veloces, subieron a un coche que se encontraba unos cincuenta metros más allá y doblaron el extremo del espolón arbolado que los ocultaba de la carretera, saliendo a ella. El ruido del vehículo se perdió rápidamente.

Ernie dio una nueva orden:

—Vito, tú y «Dads».

Los dos hampones subieron al «Lincoln» y maniobraron, saliendo por donde lo hicieran los anteriores. Quedaron con Ernie, Pritchard y Leskowitch.

—Alista el «bazooka», Lou.

El aludido se metió en el coche a medias, sacando un «bazooka» de los usados por la Infantería de Marina y los paracaidistas. Mientras, Ernie y Leskowitch se acercaron a la maleta del coche, la

abrieron y extrajeron uno tras otro cuatro proyectiles calibre 77, con sus correspondientes espoletas, que procedieron a ajustar rápidamente. Luego guardaron tres y metieron el cuarto en la recámara del cañón, cerrándola y echando el seguro. Ernie miró a Pritchard, que asintió:

—Listo el «bazooka».

—Vamos.

Todos los miembros del grupo usaban gabardinas oscuras y bajo ellas trajes normales, de telas oscuras también, con camisas de tonos discretos y corbatas azules o verdes, en tonalidades oscuras. También eran oscuros los sombreros y utilizaban guantes especiales, delgados y flexibles.

Lou tomó el volante y puso el vehículo en marcha. A su lado, Leskowitch empuñó una metralleta de las usadas por los paracaidistas. En el asiento trasero, Ernie tenía otra a mano y el «bazooka» colocado a su izquierda, con una granada sobre el asiento.

El coche dobló la punta del espolón de tierra arbolada y avanzó suavemente hacia la cercana carretera, entrando en ella. No hacía apenas ruido el potente motor. Ernie vio las luces de Torrington a media milla larga de distancia. La carretera aparecía vacía, salvo las luces de posición traseras de los coches que conducían a los cuatro restantes miembros de la banda. Hacia atrás no venía nadie tampoco. El cañón apenas saltaba sobre sus ruedas de goma compacta, a remolque del automóvil...

Ernie miró de nuevo su reloj-pulsera.

—Mantén esta velocidad hasta la entrada del pueblo —ordenó.

—Sam ya entró...

Sam condujo al coche tranquilamente por las calles solitarias. A su lado, Rudy se mantenía alerta, con la metralleta encima de las rodillas.

Dos manzanas antes de llegar a la calle principal, Sam detuvo al coche entre dos postes de luz y se apeó, mirando a Rudy.

—Tres minutos.

—Descuida...

Sin más, Sam Prowsett caminó velozmente hacia la calle principal. Al llegar a la esquina del edificio de Correos y Teléfonos echó una rápida ojeada y pudo ver cómo entraban en la oficina del

sheriff los dos agentes recién relevados. La neblina casi le impidió ver las borrosas figuras de los que montaban guardia delante del Banco.

Por lo demás, no se distinguían sino dos borrachos en retirada bajando por la parte opuesta de la calle y, casi enfrente de la oficina de teléfonos, a un hombre grueso echando el cierre a su negocio de bar. Sam aguardó a que lo hiciera, conteniendo su impaciencia. Luego dobló la esquina y se metió con paso normal en la oficina.

Corinne Dermott estaba soñando despierta con hombres de potentes abrazos mientras leía una novela romántica y con un ojo atendía a la central. La conexión directa con el Campo de Instrucción tenía una marca roja especial. Desde hacía cinco o seis minutos no le hablan solicitado ninguna llamada de larga distancia...

Vio entrar al desconocido y no se alarmó, porque Sam no era del todo mal parecido y sí de una edad aceptable para ella, aparte de que avanzó pausado y con una leve sonrisa. Corinne consideraba que todo hombre joven era un candidato a su mano en potencia y aquél parecía estar en buena posición social a juzgar por sus ropas.

—Buenas noches —le dijo con su mejor sonrisa—. ¿Qué desea?

—Hola. Soy Henri Kloster, de las Fundiciones Kloster, en Austin. Voy de paso y se me ha ocurrido hacer una llamada. ¿Podría comunicarme con el Westpot 9494 de Houston? Es urgente.

Era algo sencillamente emocionante, un miembro de la poderosa familia Kloster ante ella... Corinne asintió, hecha puras mieles.

—No faltaba más. Ahora mismo...

Giró para efectuar la llamada. Y en el mismo momento, Sara sacó su automática velozmente —se había desabrochado la gabardina mientras hablaba— y se la plantó en la nuca.

—No te muevas, hermana.

El sobresalto dejó sin habla a Corinne. Dilató los ojos, abrió mucho la boca y agarrotó las manos, eso fue todo lo que pudo hacer.

Sam separó la pistola, alzándola y descargándole un bien medido golpe en la nuca. Gimiendo débilmente, Corinne fue a caer, sin sentido, pero el propio hampón lo impidió sosteniéndola. Rápidamente le quitó el casquete de los auriculares, manteniéndola sentada. Y miró hacia la puerta mientras la deslizaba hacia el suelo,

tapada por el mostrador.

Rudy entró en aquel momento. Traía la metralleta oculta debajo de la gabardina y avanzó presuroso al encuentro de su compinche, echando una ojeada a las piernas de la telefonista, que emergían por detrás del mostrador.

—¿Muerta?

—No. Quédate aquí y ya sabes.

—Vete.

Rudy entendía mucho de teléfonos. Sacando la metralleta, la colocó sobre el mostrador y comenzó a manipular en el cuadro automático, mientras Sam cogía el arma larga tras guardarse la pistola y salía del local. Eran las doce y veintitrés minutos.

En aquel mismo momento el coche conducido por Lou Pritchard desembocaba en una de las calles que daban a la principal a ambos lados del edificio del banco.

A corta distancia, al este de la ciudad, el «Lincoln» negro se había detenido cerca de uno de los postes metálicos de la línea de alta tensión que proveía a Torrington, y también a Fort Benning, de electricidad. Marcello y «Dads» Gustafson corrieron al pie del poste portando uno de ellos varias cargas de plástico y el otro los detonadores. Eran hombres con nervios de acero, especialistas en la tarea que iban a realizar. Necesitaron sólo dos minutos para acoplar debidamente las cargas y conectarlas. Luego echaron a correr hacia la carretera...

Sam Prowsett avanzó por la acera tranquilamente hacia la oficina del *sheriff*. Una pareja de enamorados se había detenido dentro de un coche a corta distancia, en la acera de enfrente, y salieron, poniéndose a despedirse junto a la puerta de una de las casas. Venía canturreando y haciendo eses un semiborracho desde la parte del Banco; dos hombres salieron en animada conversación del

«Jackie's

Bar»; uno de los agentes de servicio estaba parado delante del Banco y mirando en aquella dirección...

Pero Sam Prowsett tenía los nervios bien templados. Ocultaban la metralleta bajo la gabardina, a la parte derecha, y con la izquierda fumó ostensiblemente mientras seguía avanzando, calculando el tiempo...

Eran en punto las doce y veinticinco minutos cuando alcanzó la entrada de la oficina del *sheriff*. Giró y entró con tanta naturalidad que el agente Abel Suárez, desde cien metros escasos más abajo, y la pareja de novios, unos cuarenta más arriba y enfrente, los dos hombres que salieron del

«Jackie's»

y venían ya avanzando por la acera, nada recelaron...

Había un breve pasillo desde la entrada a la puerta de la oficina del *sheriff*, cosa de dos metros. Sam extrajo la metralleta y la empuñó, apretó la boca y sus ojos destellaron con fría crueldad. Allí dentro sonaba tranquila la conversación de los agentes...

El *sheriff* Addington estaba apurando su taza y ya se había levantado; el agente Carlsson daba la espalda a la puerta y Dawes estaba de costado, ambos fumando y bebiendo su café.

—Bueno, mucha...

El *sheriff* nunca pudo terminar de expresar su propósito de irse a la cama. Vio aparecer a un desconocido en la puerta, empuñando una metralleta, y durante una fracción de segundo la sorpresa lo inmovilizó. Sus dos agentes vieron cómo cambiaba de expresión, trataron de averiguar por qué...

Sam apretó el gatillo y la habitación se llenó de estampidos y del humo acre de la pólvora. Los tres hombres de la Ley se derrumbaron como muñecos rotos...

En la calle, el agente Suárez oyó el tableteo de ametralladora como los demás y, como ellos, durante acaso cinco segundos quedó paralizado por lo insólito. Luego echó mano a su revólver mientras en la calle quedaba una violenta expectación.

El coche de los forajidos, remolcando al cañón, aceleró en la calle transversal y salió por la espalda del agente cuando ya echaba a correr. Desde la ventanilla, Leskowitch tenía un blanco perfecto. Apretó el gatillo y media docena de proyectiles casi cortaron por la cintura al infortunado Suárez, que murió instantáneamente.

Los dos hombres que habían salido del bar y la pareja de novios aún no habían reaccionado ante la tremenda violencia súbitamente desatada ante sus ojos y dentro de los locales de diversión, así como en las casas, donde los ciudadanos descansaban plácidamente, se había hecho un súbito silencio que pareció apoderarse de la ciudad...

Pritchard frenó en seco y los tres forajidos abrieron las portezuelas del vehículo, saltando al exterior. Leskowitch empuñaba la metralleta y los otros dos ningún arma. Mientras el primero quedaba alerta, Ernie y Pritchard llegaron al cañón y lo soltaron del automóvil, haciéndolo girar, abriendo sus brazos de sujeción y colocándolo en posición con la experta celeridad de soldados bien entrenados.

El agente Chubbock venía sin prisas por la otra calle lateral cuando sonaron los disparos dentro de la oficina del *sheriff*. Se paró, alertándose. Luego, sacó su pistola y corrió hacia la calle mayor. Le faltaban una docena de metros para llegar a ella cuando escuchó la ráfaga de la metralleta de Leskowitch que acabó con el agente Suárez, pero no se detuvo, sino que siguió adelante, aunque con más precauciones, y al llegar a la esquina vio a la aterrada pareja de novios inmóvil en el portal de la casa de la muchacha, mirando hacia su frente, ella abrazada a él...

Listo a disparar, asomó lentamente la cabeza. Vio el «Chrysler» detenido delante del Banco, pero no a Leskowitch...

Éste sí lo veía pero, agazapado tras el vehículo, aguardó a que asomara un poco más. Mientras, Ernie y Pritchard ya habían colocado el cañón encarado a la pared del edificio.

Más arriba, Sam Prowsett salió de la oficina del «*sheriff*» empuñando su metralleta y envió una ráfaga contra los dos hombres parados en la acera, aunque alta. Ambos se tiraron al suelo de inmediato. Y cuando giró su arma hacia los novios, ellos hicieron lo mismo velozmente.

Pero su acción desconcertó al agente Chubbock, haciéndole cometer un error fatal. Volvióse para tratar de descubrir al tirador y al hacerlo se descubrió a Leskowitch, que disparó, alcanzándole de lleno. Chubbock cayó haciendo una pirueta trágica...

Ernie y Pritchard ya estaban en posición. El segundo soltó el seguro y el primero empuñó la palanca de disparo...

En la mejor planeada operación de combate siempre hay que conceder un margen a imprevistos. La banda había tenido en cuenta todos los detalles, pero no pudieron prever que la pareja de policía militar —un cabo y un soldado— normalmente dejada todos los domingos por la noche para recoger a posibles militares rezagados y ayudar en caso necesario a la policía local se encontrara en el

momento de iniciarse el asalto realizando un registro en las habitaciones del hotel situado casi frente a la oficina del *sheriff*. Aquel hotel solía hacer un excelente negocio con los soldados y las chicas alegres, pero por lo mismo cuando había problemas se daban buena prisa en llamar a la policía militar. Y cierto recluta que había bebido más de la cuenta y tenía el alcohol agresivo motivó una llamada cinco minutos antes de que Los atracadores iniciaran su acción. Los dos hombres de la policía militar habían reducido de modo contundente al agresivo soldado y se lo llevaban hacia el vehículo que tenían aparcado unas cuatro manzanas más allá cuando estalló el tiroteo. Pasado el primer sobresalto reaccionaron dejando al soldado en tierra y sacando sus armas, bajaron corriendo al vestíbulo y corrieron a la puerta, mirando hacia fuera y descubriendo a Sam Prowsett que hacía fuego con su metralleta hacia la pareja de novios.

El cabo alzó su pistola y apuntó un instante, haciendo un solo disparo. Era un excelente tirador y Sam estaba solo a veinticinco metros de distancia. Le metió un proyectil en la cabeza.

Sam Prowsett pegó un estirón y cayó aparatosamente enviando balas alocadamente al cielo antes de soltar la metralleta. El cabo y el soldado trataron de salir.

Leskowitch giró veloz, descubrió a los dos soldados e hizo fuego sobre ellos con demasiada precipitación. El soldado recibió un proyectil en el muslo izquierdo, alto, y cayó sobre la rodilla sana mientras el cabo se apresuraba a parapetarse gritándole que se tirara al suelo...

Ernie pulsó el disparador. Sonó un seco estampido y el proyectil de 7,7 pegó contra la pared del banco, estallando con fuerte estruendo que borró el ruido de las ráfagas de metralleta conque Leskowitch barría la entrada del hotel.

En el mismo instante, a trescientos metros de las últimas casas de la ciudad, por la carretera 28, las cargas de plástico hicieron estallar la base de la torre metálica del fluido eléctrico, destrozando las patas de la misma y haciéndola saltar por los aires para caer estrepitosamente.

De modo instantáneo, todas las luces de la ahora sobresaltada ciudad se apagaron, dejando a oscuras a sus habitantes.

El cabo aprovechó el apagón para ayudar a su compañero a

arrastrarse dentro del hotel, donde por todas partes ya surgían gritos histéricos, llamadas, preguntas, ruidos, juramentos nerviosos...

—¡Están asaltando el Banco hasta con cañones! —gritó a una nerviosa pregunta a sus espaldas—. ¡Traten de comunicarse con Fort Benning!

Pero Rudy había realizado una eficaz labor y la central telefónica estaba destruida, aunque los sobresaltados ciudadanos que llamaban desde sus casas solicitando información tuvieron la sensación de que simplemente estaba bloqueada por el exceso de llamadas. Pistola en mano, vio surgir fogonazos de la puerta del hotel y disparó velozmente hacia allí, alcanzando al cabo en el hombro izquierdo y la cara y haciéndole caer, fuera de combate. Luego corrió hacia el Banco en ayuda de sus compinches.

Ernie y Lou Pritchard no se ocupaban de lo que ocurría a sus espaldas. El segundo había servido en el ejército en una unidad de cañones de aquel tipo y no necesitaba luces. Recargó el cañón velozmente y Ernie volvió a disparar.

Los dos proyectiles bastaron para abrir en la pared del Banco un agujero más que suficiente para que un hombre se pudiera introducir en él. Ernie y Pritchard se enderezaron y sacaron aprisa del coche el «bazooka» con los proyectiles mientras Ernie preguntaba duramente a Leskowitz:

—¿Qué pasó?

—Había dos policías militares en el hotel, han matado a Sam, me parece. Yo liquidé a uno...

—¿Y Rudy?

—Creo que ya viene, le he visto disparar al hotel...

—Que se quede cubriendo contigo la calle.

El «Lincoln» negro, con los faros delanteros apagados, venía velozmente por el otro lado de la calle completamente a oscuras. Vito Marcello lo conducía y «Dads» Gustafson iba a su lado empuñando una metralleta. Las luces traseras de posición del otro coche les servían de guías. Ambos se habían calado sendas máscaras antigás. Frenaron en seco a dos o tres metros del cañón, abrieron las portezuelas y saltaron a tierra. Un silencio impresionante llenaba ahora la calle, aunque en el interior de todos los edificios cercanos se podían percibir las llamadas y los gritos histéricos de sus

ocupantes, completamente desconcertados y asustados por el fuego de metralleta y de cañón, la súbita oscuridad y la absoluta ignorancia de lo que sucedía.

Ernie, que ya estaba con su máscara en la mano, gritó a los que llegaban:

—¡A la brecha, lanzad las granadas!

Vito Marcello se adelantó, sacando del bolsillo una de las dos granadas de gas que allí llevaba, le quitó el seguro y la lanzó dentro del Banco. Velozmente, lanzó la segunda granada. Ernie, empuñando una automática, lo separó de un empujón y se metió en el Banco el primero. En su mano izquierda llevaba una linterna eléctrica. Pritchard corrió tras él con el «bazooka» y lo siguió Marcello, cerrando la marcha Leskowitch, ya también con su máscara puesta. Rudy estaba jadeante cuando se parapetó detrás del «Chrysler» gritándole ronco a «Dads»:

—¡Creo que han matado a Sam!

Inmediatamente, los dos comenzaron a disparar sobre las ventanas y las puertas, al azar, simplemente para que cundieran el pánico y el desconcierto.

CAPÍTULO VI

El guardián nocturno del Banco era un antiguo sargento de «marines», hombre duro y eficiente. Disponía de una pistola y una metralleta. En el momento de iniciarse el tiroteo se encontraba precisamente cerca de la caja de caudales, y su primera reacción fue abalanzarse al teléfono para comunicar con la oficina del *sheriff*. Pero al oír la señal de línea ocupada lo dejó y echó mano a la metralleta, cargándola y corriendo a la puerta.

Estaba a dos metros de ella cuando el primer proyectil de cañón pegó contra la pared, abriendo un pequeño boquete. Aturdido e incrédulo, el vigilante se detuvo, miró hacia allí y luego se lanzó de manera instintiva a buscar refugio contra nuevos disparos. El segundo y el tercer cañonazo lo hallaron ya tendido a lo largo junto a la pared, a corta distancia del boquete y listo para disparar contra todo el que tratara de entrar.

Pero lo que entraron fueron dos granadas de gas letal, estallando sordamente a pocos metros. En la completa oscuridad reinante, el guardián nocturno oyó los estallidos y casi al instante llegó a sus narices el acre olor del gas. Rápidamente se puso en pie, pero ya era demasiado tarde. Lo acometió un ataque de tos, tan violento que no pudo fijar su atención en el boquete por donde apareció Ernie Holker.

Éste oyó la tos, enfocó la linterna y la encendió. El chorro luminoso dio en la cara del vigilante antes de que pudiera alzar su metralleta y disparar. Ernie lo hizo rápidamente dos veces, con certera puntería. Herido en el estómago y en pleno pecho, el vigilante se derrumbó con un gemido sordo...

Instantes más tarde los asaltantes corrían a través del vestíbulo del Banco en dirección a la enorme y algo anticuada caja de

caudales que se hallaba semiempotrada en la pared junto a una de las columnas maestras del edificio. Ernie afianzó la linterna sobre una de las mesas y ayudó a Pritchard a alistar el «bazooka». Leskowitch llegó veloz. Traía en la mano un trozo de tiza con el cual marcó rápidamente sendos círculos sobre las bisagras de la puerta blindada. Pritchard entregó a Ernie el «bazooka» y éste tomó puntería, disparando mientras los demás se colocaban a cubierto.

La granada pegó en el centro de uno de los círculos con potente explosión que llenó la oscuridad de una luz anaranjada y azul. Esquiras de metal aullaron por doquier...

Levantándose del suelo a toda prisa, Marcello pasó a Pritchard otra de las granadas mientras Leskowitch y Ernie corregían el tiro. Treinta segundos más tarde del primer disparo la segunda granada pegó de lleno sobre otro de los círculos de tiza...

En la calle, «Dads» y Rudy seguían disparando hacia puertas y ventanas. El soldado herido en el muslo se pegó como pudo al quicio de la puerta del bar y contestó con su pistola al fuego mientras el tabernero y un par de clientes arrastraban, alumbrados por llamitas de encendedor, al cabo más al interior del establecimiento, donde una mujer había cesado de chillar y todos se mantenían silenciosos y consternados. En la calle había cesado todo movimiento; los que se tiraron al suelo al dispararles Sam habíanse escurrido mal que bien hacia un portal acurrucándose allí muertos de miedo y la pareja de novios continuaba pegada al suelo delante de la puerta de la casa de ella, sin atreverse a mover un dedo ni casi respirar. El cadáver de Sam yacía de costado, engarabitado, al borde de la acera. La neblina se había ido despejando, pero no había otra luz que la de las estrellas.

Como dijera Leskowitch, los proyectiles del «bazooka» destrozaron los engranajes de la puerta blindada. Tras el sexto disparo, el propio Leskowitch se acercó a la puerta, donde tres boquetes señalaban la eficacia del cañoneo, y Marcello se le reunió mientras Ernie y Pritchard dejaban el ya innecesario «bazooka».

La puerta blindada cedió sin demasiado esfuerzo por parte de los dos hombres primeros. La linterna de Ernie alumbró su interior, mostrando hasta ocho cajas metálicas como de cincuenta centímetros de longitud por veinte de altura y treinta de anchura, con asas en los extremos. Con una rapidez demostrativa de su

entrenamiento, cada hampón cargó una de las cajas y corrieron al boquete de la puerta saliendo por él a la calle, dejando las cajas en el suelo y retornando al interior, mientras «Dads» y Rudy las tomaban y las introducían en el «Chrysler».

Las cuatro cajas restantes salieron del Banco con idéntica prisa y fueran cargadas en el «Lincoln». Ya estaba reenganchado el cañón a la trasera del «Chrysler» cuando terminaron de cargarlas. Ernie miró calle arriba y dio una orden apenas se hubo quitado la máscara.

—¡Hay que recoger a Sam!

Los dos automóviles se habían mantenido con el motor en marcha. Avanzaron en opuestas direcciones, cobrando rápidamente velocidad el «Lincoln» mientras el «Chrysler» lo hacía más despacio. Conducía Pritchard y Leskowitch, metralleta en mano, roció la entrada del bar haciendo que todo el mundo allí dentro se tirase al suelo. Ernie saltó del coche, llegóse a Sam y lo agarró por los sobacos, metiéndolo dentro, a la parte trasera. Luego él mismo se introdujo y el «Chrysler» salió disparado. Eran las doce y cuarenta y tres minutos, toda la operación había durado exactamente veinticuatro desde el momento en que Sam Prowsett golpeó a la empleada de teléfonos.

A la salida de la población, Leskowitch se volvió a mirar al cadáver de Sam caído sobre un rincón del asiento trasero.

—Tuvo mala suerte —comentó—. ¿Por qué no lo hemos dejado?

Ernie estaba asegurando al muerto para que no se le cayera encima. Contestó sin volverse:

—Porque entonces la policía hubiera descubierto inmediatamente quiénes hemos tomado parte en el asalto.

—No creo que pueda importar mucho, si para entonces ya estamos en Méjico...

—Piensa con la cabeza. No hemos dejado huellas dactilares ni nadie, que yo sepa, nos ha visto la cara por estos alrededores. La policía sólo tendrá una serie de confusas noticias acerca de lo sucedido y tardará semanas, tal vez, en podernos conectar con el golpe. Para entonces todos nosotros habremos podido agenciamos un refugio lejano y seguro, incluso un rostro nuevo, si lo consideramos necesario. Además, que es preciso sacar a Winner. Si relacionan a Sam con el asalto sospecharán de él y no habrá modo de sacarlo; puede pensar que lo hicimos adrede: y contarle

todo para vengarse. No quiero correr riesgos.

—No he dicho nada Bueno, ha habido suerte, ésa es la verdad. Después de todo, no se hace la guerra sin tener bajas...

—Acelera, Lou. Hay que llegar antes de la una a la bifurcación.

—Llegaremos.

Veinte millas al oeste de Torrington, donde la carretera estatal 285 salía de la federal número 28 en un villorrio de cuatro casas llamado Lowfork, un camión pequeño se encontraba parado desde hacía veinte minutos, al parecer por avería, a unos doscientos metros de las viviendas y oculto a ellas por un soto. El «Chrysler» aminoró la marcha al ir llegando allí y se detuvo suavemente. Comenzaba a lloviznar y se cubría rápidamente el cielo.

Ernie saltó fuera del: coche y se encaró con los dos hombres del camión.

—¡Aprisa!

Ellos fueron a la trasera del camión y echaron abajo dos maderos, ajustándolos mientras entre Ernie y Leskowitch soltaban el cañón, empujándolo rápidamente. Entre los cuatro subieron al camión el arma con habilidad y los dos del vehículo de carga quedaron acomodándola. Ernie y Leskowitch regresaron al automóvil y tomaron al cadáver de Sam, a cuya vista cambiaron una mirada los del camión, uno de los cuales graznó:

—¿Qué es eso?

—Está muerto. Llevadlo bien lejos y ocultadlo donde tarden en hallarlo.

—Pero nosotros...

—¡Vamos, ayuda! Y a cerrar el pico.

Con sendas muecas, los del camión obedecieron Dejándolos terminar de ajustar la tabla trasera del vehículo, Ernie regresó al automóvil, haciéndoles una última advertencia.

—Nada de fallos, muchachos: Cobráis un buen dinero, haced de modo que podáis gastarlo.

Sin más, el «Chrysler» partió cobrando velocidad, entró en el villorrio y tomó por la carretera estatal, atojándose en la oscuridad bajo la lluvia.

—Espero que los otros lleguen sin novedad —dijo Leskowitch sacando tabaco y encendiendo plácidamente un cigarrillo. Atrás, Ernie estaba acomodándose, pues las cajas metálicas no cabían

todas en el portaequipajes y una de ellas tuvo que ser colocada entre los dos asientos. Lo miró con fijeza.

—Tienen que llegar. Todo lo que tienen que hacer es seguir las instrucciones.

—No pensaba en eso.

—¿En qué, pues?

—Vito. Ese italiano es poco de fiar. Podría convencer a «Dads» de que entre los dos iban a tocar a más.

Ernie sacó a su vez tabaco, esbozando una dura mueca y contestó con fría pausa:

—No hará tal cosa. Me conoce y también sabe que si intentara traicionarnos no iba a llegar muy lejos. Apoderarse del dinero no es lo más difícil, sino salir con él de los Estados.

—He pensado también en eso. Pueden apoderarse del helicóptero y volar por su cuenta hacia algún oculto refugio previamente escogido. Y también pueden intentarlo en el avión. Van a salir antes que nosotros. Tú pensabas resolverlo colocando a Sam con ellos, pero Rudy no es Sam.

Ernie ya había pensado en ello desde que tuvo noticia de la muerte de Sam, por eso respondió con acritud:

—Ni Rudy ni «Dads» son locos. Si Vito trata de convencerlos se va a llevar una desilusión.

—Así sea...

Ninguno de los dos andaban desencaminados en sus sospechas. No había recorrido el «Lincoln» media docena de millas cuando Vito Marcello dijo con su suavidad característica:

—Buen trabajo hemos hecho...

—Magnífico —aseveró Rudy, aún respirando nerviosamente—. De lo mejor.

—Psch... Pudo mejorarse su técnica. Tardamos demasiado, creo que en cinco minutos menos pudo haberse hecho.

Rudy lo miró con sorna.

—¿Por qué no se lo dijiste a Ernie? Seguro que te habría escuchado.

Vito le sostuvo la mirada. «Dads» conducía y no entraba en la conversación, era un individuo de muy pocas palabras, como todos sus conocidos podían constatar.

—Se lo hubiera dicho, sin duda, de haberlo considerado

necesario. No quise amargarle la alegría de estar considerándose un gran estratega.

—Es un tío estupendo. —Rudy no parecía nada convencido—. Y el que planeó todo aún más. ¿Cuándo te has apoderado tú de cuatro millones con una facilidad mayor?

—Nunca. Pero no deberías hablar de cuatro millones, sino de mucho menos.

—Ya lo sé. Para mí esos doscientos mil son suficientes.

—Si logras verlos en tus manos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez no lo veas. El tipo listo que planeó esto, el tipo poderoso que lo ha financiado y el tipo duro que es Ernie puede que hayan decidido que una vez terminado el asunto sería una estupidez repartir beneficios con nosotros.

Rudy reaccionó con violencia.

—¡No puedes decir eso!

Vito emitió una risita suave.

—Pues lo digo, ya ves. Ernie, Leskowitch y Pritchard están en esto desde un principio, ahora han partido juntos. A nosotros tres nos contrataron para completar el equipo y en realidad nuestro trabajo no ha sido demasiado duro, cualquier otro habría podido hacerlo. «Dads» y yo hemos volado un poste de conducción eléctrica y tú estropeaste una centralita telefónica, luego cargamos unas cajas y se acabó. Pero Sam «apioló» al *sheriff* y a dos agentes, Leskowitch a los dos restantes y Ernie al guardián del Banco, sin contar con esos dos de la policía militar. Si llegaran a cogernos nosotros iríamos a presidio por veinte años, pero ellos a la cámara de gas. ¿Crees que no lo estarán pensando?

Rudy estaba ahora receloso.

—¿A dónde vas a parar?

—Muy sencillo. Ahora vamos a salir del país con estas cuatro cajas de un avión. Podríamos ir directamente a Méjico, como van a hacer ellos. Méjico, donde no hay extradición y sí inmensos territorios casi inexplorados en los cuales se puede ocultar eficazmente un grupo de hombres... En cambio, a nosotros nos obligan a efectuar una escala y trasbordo en Jamaica. Una isla pequeña, donde resultará muy fácil deshacerse de tres recién llegados sin provocar ningún escándalo...

Hablaba persuasivamente. Y sus dos oyentes escuchaban, el uno impasible, el otro ceñudo, receloso, vacilante...

CAPÍTULO VII

El «Lincoln» alcanzó la bifurcación del Cow Creek a la una y treinta y seis minutos de la madrugada. Era un lugar solitario y agreste, al lado de una serranía baja y bastante arbolada, con la población más próxima a unas siete millas de distancia. «Dads» introdujo al coche por un camino vecinal en muy malas condiciones. La lluvia proveniente del oeste ya los había alcanzado y la noche era un gran agujero negro donde los faros del vehículo cortaban con sus cintas de luz miríadas de puntitos brillantes.

—Hasta los elementos nos ayudan —gruñó Rudy, pensando en otra cosa. Vito lo miró de reojo, mientras consumía su cigarrillo.

«Dads» seguía sin hablar, atento al camino. Tardaron diez minutos en recorrer las tres millas bajo la lluvia y, al final, los faros alumbraron una granja solitaria, con evidentes muestras de abandono. Un hombre se encontraba delante de la puerta con una linterna y les hizo señales afirmativas.

El coche se detuvo delante del edificio y los tres hampones saltaron fuera del mismo. Mientras Rudy y «Dads» sacaban las cajas, Vito se encaró con el granjero, hombre de mediana edad y cara chupada, ojos lobunos y barba de dos días, mal trajeado.

—¿Qué novedades hay?

—Ninguna. El helicóptero está aquí desde el anochecer.

—¿Y el piloto?

En la puerta apareció un hombre joven, de duras facciones, cubierto con un casco de aviador y llevando un completo de cuero, brillante. Respondió por el granjero:

—Aquí estoy. ¿Todo ha ido bien?

—Seguro que sí. Vamos adentro.

El interior de la granja estaba sucio y destartado, demostrando

la falta de manos femeninas. Un mozo de acaso dieciocho años, no mejor trajeado que su padre, al que se parecía en gran manera, estaba allí con un rifle de caza. El granjero contestó a la interrogativa mirada de Vito, súbitamente alerta:

—Estábamos alerta, por si acaso.

—Pues ya no hace falta. Es mejor que deje en paz el rifle.

A un gesto de su padre, el mozo dejó el arma con una mueca. Entraban «Dads» y Rudy trayendo de las asas una de las cajas. Vito ordenó al granjero:

—Vayan ustedes a por otra.

Salieron. El piloto del helicóptero encendió un cigarrillo con mirada especulativa. Vito Marcello no le quitaba ojo e insinuó:

—Supongo que ya sabes lo que hay en ellas...

—Dinero, me figuro.

—Pero ¿no sabes cuánto?

—No me interesa. He sido contratado para llevar a unos viajeros y se me pagó por adelantado. Cuanto menos conozca del asunto menos tendré que contar si me preguntan.

—Muy prudente... —Vito emitió una risita suave—. Sí, mucho...

El otro le sostuvo fríamente la mirada.

—Procuro serlo. La prudencia nunca está de más.

Vito no contestó. Estaba el sombrío Rudy mirándolo.

Las cuatro cajas fueron metidas en la casa y colocadas una junto a otra encima de la mesa vieja y desvencijada. El granjero trajo una roñosa cafetera de la chimenea, donde humeaban los restos de una hoguera, y su hijo las tazas, luego una botella de *whisky* sin descorchar. El piloto dijo, seco:

—Hay que despegar dentro de diez minutos justos.

—Entonces tenemos tiempo. —Vito parecía muy suave y calmado, pero en sus ojos había una maligna vigilancia—. Nos vendrá bien un café.

El granjero llenó las tazas. Rudy tomó la botella y la descorchó, bebiendo a morro un largo trago antes de tendérsela a «Dads».

—¿Qué hay que hacer con el coche? —inquirió Marcello mirando con fijeza al granjero viejo. Éste gruñó:

—Desguazarlo y enterrar las piezas vitales en la zanja que hemos abierto a espaldas de la granja. Lo demás rociarlo con gasolina, quemarlo y, cuando quede irreconocible, echarle encima

el estiércol.

Vito asintió, apuró su vaso de licor y lo dejó sobre la mesa, mirando la hora.

—Vámonos.

Los tres hampones y el hijo del granjero cargaron con las cajas. La lluvia arreciaba por momentos, pero no había niebla.

—El helicóptero está a menos de doscientas yardas, en el prado...

La linterna del piloto les marcó el camino por el embarrado campo y les mostró el helicóptero, pintado de azul y blanco, como un insecto gigantesco dormido en medio del prado. Rápidamente fueron cargadas las cajas y los tres hampones subieron, el hijo del granjero se alejó velozmente y el piloto puso en marcha el motor.

Las palas giratorias comenzaron a cobrar velocidad, removiendo el aire con fuerza y cortando la lluvia. Los tres hampones acomodaron las cajas con el botín y luego se sentaron. El aparato era de cuatro plazas, muy moderno. Lentamente comenzó a cobrar altura y pronto se vio desaparecer la débil luz de la granja.

Dentro del aparato sólo estaban encendidas las luces de los tableros de navegación y otra, una bombilla pintada de azul, sobre los pasajeros. El helicóptero voló rápido hacia el Sureste a una altura de mil metros sobre el nivel del mar, pasó por encima de un pequeño pueblo y de una carretera importante...

Vito le pidió al piloto:

—Conecta la radio. Tal vez ya se haya dado la alarma.

—No tengo ningún interés...

—He dicho que la conectes.

Encogiéndose de hombros, el piloto conectó la radio y manipuló buscando una emisora. Halló varias, pero daban música tan sólo.

—Deja ésa —le ordenó Rudy—. Al menos la música es buena.

Cinco minutos más tarde la pieza que sonaba se interrumpió de golpe y al poco sonó la voz de un locutor.

—Atención, atención... Interrumpimos nuestra emisión para informar de lo que puede ser el atraco más audaz, sangriento e importante cometido en este Estado en lo que va de siglo...

Los hampones se miraron, con súbita tensión. Vito sonrió.

El locutor siguió dando información con voz de circunstancias.

—Una banda de hampones, en número no inferior a diez, asaltó

poco después de la medianoche el pueblo de Torrington, a dieciséis millas del Campamento Base de Instrucción de Fort Benning, volaron un poste de la línea de alta tensión que abastece de fluido a la ciudad y el campamento militar, destruyeron la central telefónica y asesinaron al *sheriff*, a sus cuatro ayudantes y al guardián nocturno del Banco local; destrozaron a cañonazos la fachada del Banco, penetrando por el boquete abierto, y volaron la caja de caudales, escapando con el dinero que en la mañana de hoy iba a servir para los pagos mensuales de la Base de Instrucción. También han resultado heridos en el violento combate que se sostuvo un cabo y un soldado de la policía militar que hicieron frente a los forajidos, uno de los cuales resultó muerto, al parecer, aunque sus compinches se lo llevaron...

Todos los ocupantes del helicóptero estaban pendientes de la información ahora, conteniendo el aliento.

—... al parecer la suma robada puede ascender a cerca de cuatro millones de dólares. El asalto, por los métodos y el material empleado, así como por el salvajismo de sus perpetradores, casi no tiene parangón en la historia de la delincuencia en este Estado. ¡Un momento! Se nos comunica que los asaltantes utilizaron un «Chrysler Phantom» y un «Lincoln», ambos del modelo más reciente. Para volar la pared del Banco trajeron un cañón sin retroceso del tipo que usan los «marines» y para atacar a la caja fuerte un «bazooka», es posible que también cargas de explosivo especial. Del mismo modo usaron granadas de gas. Toda la policía del Estado ha sido alertada, así como las unidades de la policía Federal; y se nos comunica también que las Fuerzas Armadas, a quienes pertenece el dinero robado, han ordenado que se utilicen helicópteros, patrullas militares y todos sus medios de detección para impedir la fuga de los forajidos. Daremos más noticias dentro de veinte minutos, permanezcan en contacto con nosotros...

Volvió a sonar música. Un breve silencio llenó el interior del helicóptero. Lo rompió Vito Marcello con suave sonrisa, dirigiéndose al piloto:

—Bueno, pues ya te has enterado de lo que acabamos de realizar. ¿Qué te parece?

Con la boca apretada, el piloto no le contestó, manteniendo la mirada fija en el tablero de navegación.

Veinticinco minutos más tarde el mismo piloto abrió el contacto de una microemisora especial adosada al aparato y comenzó a llamar.

—Crow llama a Coyote. Crow llama a Coyote. Conteste, Coyote...

A la tercera llamada llegó la respuesta.

—Coyote llama a Crow. Hable.

—Necesito posición y rumbo. Corto.

—Posición

C-17,

punto, dos grados. Rectifique tres puntos Norte. Está a dos millas y media escasas, vamos a encender luces. Corto.

—Entendido. Rectifico. Hagan señales. Corto.

Allí delante, a través de la lluvia, muy abajo, se encendió una luz naranja, luego otra, formando un cuadrilátero. El piloto tomó los mandos y comenzó a hacer descender el aparato lentamente, la vista fija en los puntos de luz.

La maniobra de aterrizaje no tuvo ninguna novedad. Los tres hampones pudieron distinguir, al abrir la portezuela para descender, la figura de un bimotor a hélices de tipo deportivo parado a corta distancia. La lluvia batía con fuerza la tierra, pero la visibilidad era aceptable. Un hombre se acercó corriendo al helicóptero y les gritó:

—¿Todo va bien?

—¡Sí!

—¡Traigan las cajas!

El trasbordo se efectuó en cuatro minutos, pero el piloto del helicóptero no intervino para nada, quedándose dentro de su aparato. Los tres hampones pudieron ver a un segundo bimotor del mismo tipo parado cien metros más atrás, en la pista de aterrizaje. Aquél había sido un campo de entrenamiento de pilotos en los lejanos días de la guerra mundial, estaba abandonado desde entonces aunque durante la de Corea se lo volvió a poner en uso restringido y la yerba crecía en las pistas, la arena comenzaba a borrarlas. Pero un piloto experto aún podía utilizarlas para un despegue nocturno. Un piloto como el que iba a conducir a Vito y los otros fuera del país, hombre de cuarenta y cinco años más o menos, casi calvo, de ojos abotargados y cansadas facciones. Aquel

hombre había pilotado bombarderos ligeros en el Pacífico, fue un héroe, ahora era un fracasado que necesitaba con urgencia los cinco mil dólares que iba a reportarle su tarea. Miró con fijeza a sus viajeros y a la carga que metían en el aparato, luego inquirió:

—¿Ya está todo?

—Sí —le contestó Vito—. Cuando quiera puede despegar.

El piloto hizo una señal al hombre que quedaba abajo y éste desapareció corriendo hacia una barraca pequeña situada a un lado de la pista. El piloto marchó a ocupar su asiento en la cabina de mandos y muy pocos instantes después los tres hampones oyeron el ronco trepidar de los motores. Apenas dos minutos más tarde una fila de luces situadas a espacios de veinticinco metros se encendieron a cada lado de la pista. Una instalación provisional tendida rápidamente...

El bimotor comenzó a rodar lentamente sobre la pista, luego aumentó la velocidad de modo perceptible. El trueno de los motores resonaba en los oídos de los tres hampones. Vito hizo un comentario burlón:

—Con tal de que no nos estrellamos antes de despegar...

Los otros no le contestaron. Estaban pensando que una vieja y abandonada pista de aterrizaje, una noche de lluvia y unas cuantas luces de poca intensidad balizando el lugar no eran, desde luego, las mejores garantías de seguridad...

Por si fuera poco las ruedas del tren de aterrizaje comenzaron a saltar ostensiblemente sobre los baches y grietas de la pista. Los tres hampones contuvieron el aliento y, de un modo instintivo, se aferraron a sus asientos, dejando que a sus ojos apareciera la ansiedad...

Pero el piloto había despegado y aterrizado muchas veces, quince años atrás, en aquella misma pista. Apretados los labios, la mirada fija en el exterior y el pensamiento en los cinco mil dólares que iban a permitirle operar a su hijo mayor enfermo gravemente, dominó el aparato y, en el momento justo, levantó el morro del mismo...

El bimotor se elevó rugiendo por entre la cortina de lluvia. Luego, con un parpadeo de sus luces de posición, cobró rápidamente altura y se alejó dando un amplio rodeo, hacia el sur...

CAPÍTULO VIII

El «Chrysler Phantom» llegó a la una y cuarenta y cinco de la madrugada a una pradera rocosa rodeada de cerros abruptos y situada a cuarenta y dos millas al suroeste de Torrington. Era aquélla una región casi solitaria, que permanecía poco más o menos como en los tiempos de Sam Houston. Pequeños ranchos ovejeros, muy aislados, la cubrían, las carreteras la dejaban aparte y el terreno, semiárido, no permitía una más intensiva explotación.

Aquella pradera contaba con uno de los tales ranchos, una amalgama de construcciones alrededor de una casa de adobes y piedra, de una sola planta. Miguel Urrutia, el propietario, no había podido salir de apuros económicos en todos los días de sus cuarenta y siete años de vida asendereada y, cuando un hombre llegó a proponerle cobrar dos mil dólares por sólo permitir que un helicóptero recogiera en sus terrenos a unos viajeros nocturnos y por llevar a un coche a determinado barranco sito a varias millas de distancia, echándolo por él abajo, imaginó que se trataba de tomarle el pelo. La vista de quinientos dólares en efectivo lo convenció de que era un negocio serio y sus escrúpulos de conciencia se agotaron muy pronto. En la semana última, con distintos pretextos, había enviado a su mujer y a sus tres hijos más pequeños a pasar unos días con sus padres de ella, a sus dos hijos mayores con las ovejas lejos del rancho y a su hija mayor al pueblo cercano a quedarse el fin de semana en casa de unos amigos y pelar la pava con su novio. Ahora sentíase bastante nervioso, porque no se le ocultaba que aquellos viajeros nocturnos no eran turistas inocentes ni cosa parecida. Salió en compañía del piloto del helicóptero al oír acercarse el coche y cuando lo tuvo delante pensó para sus adentros que era un crimen destrozar tan magnífico

automóvil. Pero se guardó sus opiniones porque era pobre y muy prudente.

Ernie salió del coche el primero y dijo apenas hubo puesto los pies fuera:

—¿Todo listo?

—Sí —le contestó el piloto, aún joven, de afiladas facciones y ojos glaciales—. Cuando quieran podemos partir.

—Les he preparado café y hay también una botella... —Inició Urrutia en tono amistoso que cortó al ser mirado directamente por Ernie.

—Lo tomaremos después de llevar las cajas al helicóptero. Vamos, echen una mano.

Sin rechistar, los dos hombres le obedecieron y las cajas fueron trasladadas al aparato, bajo la lluvia espesa e incesante. Luego todos retornaron a la casa, entrando juntos.

—¿Cree que quedarán huellas? —inquirió Ernie al ranchero, que meneó la cabeza mientras le tendía la botella.

—Con esta lluvia mañana no habrá nadie capaz de descubrir señales de neumáticos ni de ninguna otra cosa.

Ernie se llenó uno de los vasos, pasó la botella a Pritchard y bebió un trago largo, chasqueando la lengua. Luego volvió a mirar al granjero.

—En cuanto nos vayamos tome el coche y llévelo al barranco. Échelo tal y como se le ha dicho, rociándolo antes de gasolina y prendiéndole fuego. Nada de guardarse ningún objeto, ni cosa por el estilo. Le costará la vida si lo hace, ¿entendido?

Urrutia había tratado con un hombre suave, pero directo. Este que tenía delante no era nada suave y tampoco sus compañeros. Tragó saliva y asintió:

—Puede estar seguro.

—Es su propio pellejo el que debe cuidar, no lo olvide. Nada ha visto ni oído, si vienen a hacerle preguntas. Si le enseñan nuestras fotografías no nos vio jamás. Piense que dentro de pocas horas estaremos donde la policía no ha de poder atraparnos, pero que a la menor sospecha contra usted su pellejo no valdrá diez centavos.

Urrutia sintió un escalofrío. Aquellos hombres no parecían ser simplemente ladrones, como se le había insinuado. No unos contrabandistas, sino algo mucho peor. Quizás hizo mal metiéndose

en el lío, pero ya estaba hecho...

—No se preocupe, señor...

Ernie ya le había dicho lo que tenía qué decirle. Se miró la hora y apuró el vaso, ordenando:

—Vámonos.

Urrutia los vio meterse en el aparato y cómo éste despegaba con el fuerte ronroneo de su motor dominando al de la lluvia. Suspirando, miró hacia el automóvil, volvió a suspirar, pensó en los ojos implacables de Ernie y, dando la vuelta, se encaminó al vehículo, entró, lo puso en marcha y se lo llevó por donde había llegado pero mucho más despacio que lo trajera Pritchard.

A bordo del helicóptero, Ernie estaba mirando el oscuro exterior mientras el aparato cobraba velozmente altura y distinguió las rayas luminosas de los faros del automóvil alejándose del rancho. Leskowitch habló.

—¿Crees que no fallará?

—Está asustado. Hará lo que se le ordenó y regresará a meterse en su casucha. Si vienen a interrogarlo no le sacarán nada. Y van a tardar en hallar el coche.

—Hasta ahora tenemos la suerte de cara, excepto Sam...

Ernie se encogió de hombros.

—Doscientos mil más a repartirnos.

Pritchard hizo una mueca cínica. Leskowitch asintió:

—Sí. Con tal que el italiano no haga de las suyas...

Ernie lo miró con disgusto.

—Deja eso ya.

Leskowitch asintió con una mueca.

—Como tú quieras...

El helicóptero volaba ya velozmente hacia el Sureste por entre la cortina de lluvia. Los forajidos guardaron silencio unos minutos, cada cual reconcentrado en sus pensamientos. Todos ellos se pusieron a fumar. Pritchard rompió el silencio al fin.

—¿Creéis que hayan conseguido ya dar la alarma?

Ernie volvió a mirar la hora.

—Debe de ser así —admitió—. Calculamos una hora de ventaja, lo que un automóvil necesitara para llegar a Deming desde Torrington y un hombre nervioso en dar la noticia, luego que a oscuras fueran al Banco y comprobaran lo sucedido.

—Entonces ya la dieron. ¿Por qué no ponemos la radio?

Ernie señaló la espalda del piloto, que permanecía atento a sus instrumentos y al exterior.

—Sólo sabe que lleva a tres contrabandistas de drogas a Méjico. Si se entera que no es cierto podría crear dificultades.

—Insistiré aunque te moleste. ¿Piensas que el italiano habrá cerrado la boca en el otro helicóptero?

—Tenía órdenes de hacerlo, como todos.

—Hum...

Se hizo un nuevo silencio. Y volvió a romperlo Pritchard.

—¿Creéis que la Fuerza Aérea tome parte en nuestra búsqueda?

—No tienen motivos para pensar que estemos usando aviones y helicópteros. Por el momento van a buscar a los automóviles. La lluvia nos está favoreciendo mucho, puesto que borra todas las huellas. Dificulta que logren encontrar el «Lincoln» en la granja de los Monro y, cuando tropiecen con los restos del «Chrysler», les llevará tiempo identificarlos y conjeturar el camino que seguimos. De todas maneras, para cuando lo logren estaremos en Méjico.

—Ya tengo ganas de llegar...

En el fondo, todos las tenían. Había terminado la tensión de los preparativos y la violencia del combate, huían con el botín, les aguardaba una vida fácil, llena de comodidades... Eran asesinos, carecían de conciencia y no pensaban en los agentes asesinados más de lo que pudieran pensar en los coreanos y chinos que mataron durante la guerra. Pero ahora estaban ansiosos de verse fuera de Estados Unidos...

El piloto avisó al fin:

—Estamos llegando a Silly Plains.

—Ponte en contacto con los muchachos de abajo.

El contacto se realizó sin novedad y lo mismo sucedió con el aterrizaje. El otro helicóptero permanecía aún en tierra a corta distancia del avión bimotor. Ernie y sus compinches se ocuparon ante todo de trasladar las cajas al bimotor. Y cuando lo hicieron Ernie se acercó a los dos pilotos de helicóptero, que estaban parados bajo la lluvia junto al aparato que los había traído a ellos.

El piloto que trajo a Marcello y los otros habíase acercado a su colega y le hizo una pregunta rápida cuando quedaron solos mientras los forajidos efectuaban el traslado.

—¿Sabes lo que han hecho?

—No. Me dijeron que trasladan drogas.

—Acaban de asaltar un Banco y han robado millones pertenecientes al Ejército.

—¿Estás seguro?

—Lo he oído por la radio. Los que traje me obligaron a ponerla. Han matado a ocho o diez policías y soldados...

—¿Es posible?

—Sí. Calla, que llegan.

Ernie se les plantó delante e inquirió, seco:

—¿Qué tal tu viaje?

El piloto aludido le sostuvo la mirada y replicó con voz normal:

—Sin novedad. Los otros despegaron hace diez minutos.

—Bien. Tienen sus instrucciones, cúmplanlas.

Dio media vuelta y se alejó hacia el avión, que ya estaba calentando los motores. Los pilotos de helicópteros volvieron a conversar.

—Esto no me gusta nada. ¿Qué piensas hacer?

—Exigir más dinero. Tendrán que dárnoslo si quieren que callemos.

—Si la policía descubre nuestra participación nadie va a quitarnos veinte años de presidio... Maldita sea, ojalá nunca me hubiera metido en esto...

—No será fácil que lo descubran, si seguimos teniendo cuidado. Pero dos mil quinientos por trasladar a unos asesinos que han robado millones es muy poco dinero. Tendrán que darme veinticinco mil. Y tú debes pedir igual que yo.

—Pueden pagarnos con plomo.

—Hay medios de evitarlo. Ésos no van a regresar, pero el que nos contrató se quedará aquí, al menos de momento...

Ernie se acomodó en el asiento y se ató el cinturón de seguridad mientras el aparato iniciaba su carrera por la pista. Tampoco hablaron los forajidos hasta verse en el aire.

—Uf... Pasé un mal rato.

—También yo creí que nos estrellábamos...

—Ya pasó ese riesgo. Y dentro de media hora habremos penetrado en el Golfo.

—Sí... Oye, ¿qué crees harán esos pilotos y los demás cuando

conozcan la verdad?

—No pueden hacer nada. Cada uno de ellos ha sido contratado para una misión específica e ignora la identidad y la tarea de los componentes del escalón siguiente. Aunque la policía los interrogué y les haga «cantar» sólo pueden decir lo que saben, o sea apenas nada.

—Sí, claro. De todos modos, me sentiré más seguro cuando tenga la «pasta» en mi bolsillo y me haya aposentado cómodamente en Chile.

—Yo voy a irme a Francia. Pondré mi dinero en un Banco suizo de esos que no hacen preguntas y me compraré una «villa» en las montañas, dándome una vida de gran señor. Chicas de lo mejor y todo eso...

—¿Y tú, Ernie? Con tu parte tienes para retirarte definitivamente.

Ernie estaba fumando despacio. Expelió el humo y contestó, sin mirarlos:

—También Europa, de momento. Italia o España, luego tal vez el Líbano. Se pueden hacer grandes negocios allí...

Los tres forajidos continuaron haciendo planes mientras el avión volaba hacia el Sur, alejándolos del lugar de su fechoría. Estaban casi completamente tranquilos, ni se acordaban ya de los hombres que acababan de matar.

CAPÍTULO IX

—Estamos pasando sobre la costa.

Rudy estaba con la nariz pegada a la ventanilla y fue quien dio el aviso, innecesario porque sus dos compinches también se mantenían alerta, tratando de averiguar por dónde andaban.

Iban volando a ochocientos metros sobre el nivel del mar, bajo la lluvia que a la sazón comenzaba a perder intensidad. Abajo, a la derecha, podían distinguir las luces de una población grande y, un poco más allá, unas luces diminutas, de colores distintos, que se movían lentamente en su misma dirección; un barco, sin dudas.

—Bueno, ya podemos decir que nos escabullimos. —Vito tenía una curiosa expresión, como si estuviera redondeando algo muy placentero—. Ahora podemos respirar a gusto.

—Los aviones militares podrían perseguirnos mar adentro.

—¿En aguas internacionales? Sería una violación de los tratados. Además, que no tienen ningún medio de comprobar nuestra identidad y en estos momentos dudo mucho de que ni siquiera sospechen por dónde vamos.

—Sí, eso es verdad. Todo se preparó muy bien...

—Si tú lo dices...

—Estamos sanos y salvos fuera de los Estados, ¿no?

—Desde luego.

Rudy se lo quedó mirando con fijeza.

—¿Por qué no dices lo que estás pensando?

La sonrisa de Marcello se hizo sarcástica.

—¿Pensando? Oh, claro... Mira, muchacho, no pienso otra cosa sino en el mejor modo de disfrutar de mi dinero. ¿Tú no?

—Sí, también.

Pero Rudy no estaba conforme con la explicación. No le gustaba

el italiano, hubiera preferido ir en el otro avión, porque tampoco se sentía nada a gusto con el silencioso «Dads» Gustafson. Aquellos dos eran viejos amigos y él, en cambio, los había conocido al encontrarse alistados en la misma operación. Vito Marcello rumiaba algo, tal vez el modo de apropiarse en su exclusivo beneficio de la parte de botín que llevaban y huir con ella a donde los demás no lo pudieran encontrar. Primitivamente debería haberles acompañado Sam Prowsett, lo cual probaba a Rudy que Ernie no se fiaba mucho del italiano. Pero Sam había muerto y ahora él estaba solo, con el silencioso «Dads» sentado a su espalda y aquella culebra maligna de Vito Marcello a su derecha, al otro lado del pasillo...

Vito estaba planeando quedarse con las cuatro cajas del dinero que transportaban, ciertamente. Lo comenzó a planear apenas terminado el robo, cuando huían en busca del helicóptero. No tenía ninguna certeza de que Ernie y sus amigos fueran a ser leales, pero aún así le parecían muy pocos doscientos mil dólares. En las cajas que estaban tras ellos deberían haber cerca de dos millones, ése sí era un buen pellizco... Podría darse la gran vida en Europa, o en Sudamérica, bien oculto a la policía internacional y a posibles represalias de sus engañados, compinches. «Dads» era su amigo, le ayudaría sin rechistar. El piloto tendría que plegarse a sus deseos, máxime si tentaba su codicia ofreciéndole más dinero. En cualquier caso haría que lo llevase a cualquiera de las repúblicas centroamericanas y aterrizara en un punto alejado de centros habitados. Allí matarían al piloto, enterrarían el dinero, salvo una suma razonable, procurarían alcanzar sin despertar sospechas un lugar donde les fuera posible fletar otro aparato con cualquier excusa plausible, regresaban a por el dinero y completarían la fuga. Para cuando Ernie y sus amigos consiguieran conocer los detalles de lo sucedido ya habría tenido tiempo sobrado de borrar sus huellas...

Había un estorbo y era Rudy. Pero los estorbos se eliminan. Desde luego, cabía la posibilidad de engañarlo, haciéndole creer que contaba con él, pero..., Rudy estaba receloso y no parecía fácil de catequizar. Bueno, un par de balas lo arreglarían...

Pero por el momento no había ninguna prisa. Dejaría que el avión se introdujese bien en el Caribe. Una o dos horas... Iba a fingir que dormía, para confiar a Rudy...

—Voy a descabezar un sueño —dijo con voz pastosa—. Si pasa

algo despertadme.

Rudy lo miró con desconfianza, pero poco a poco se tragó el anzuelo, ya que Vito semejaba realmente dormido. Después de todo, el hecho de que él no pudiera dormir nada significaba. Y tal vez el italiano había recapacitado, decidiendo que valía más cumplir... De todas maneras le contaría todo a Ernie cuando llegaran al refugio...

El avión volaba raudo al Sur por una zona de chubascos intermitentes, con cielo encapotado y el mar tranquilo a setecientos metros más abajo. El piloto sujetaba los mandos mientras pensaba en su hijo internado en un hospital a la espera de aquellos cinco mil dólares que podían significar para él tanto. Apenas se había fijado en los rostros de sus pasajeros, no le interesaban. Sabía que estaba realizando algo ilegal y cuanto menos conociera del asunto tanto mejor. Sus instrucciones eran cruzar directamente el Golfo de Méjico hacia la punía de Yucatán y aterrizar en un lugar de la selva donde años atrás hubo un campamento de la Legión del Caribe, dejar allí su carga y seguir vuelo con dos hombres que aterrizarían en Kingston, Jamaica, manifestando a las autoridades locales ser los mismos que alquilaron su avión en Houston para realizar tal viaje. Luego regresaría tranquilamente, con cinco mil dólares...

Le habían advertido también que, si alguno de sus pasajeros preguntaba, le dijese que iban directamente a Kingston. Ésos eran asuntos que no le incumbían. Por vez primera veíase metido en un negocio turbio, pero sus motivos eran poderosos. Su hijo tenía que curarse...

Examinó el cuadro de instrumentos. Volaban a cuatrocientas cincuenta millas-hora y ya hacía una y media que despegaron de Silly Field, se estaban acercando al Trópico de Cáncer. En media hora más alcanzarían la costa de la península de Yucatán. Sus instrucciones eran de llegar al punto de aterrizaje a las cinco en punto de la madrugada. Llegaría sin novedad. Los partes meteorológicos indicaban bonanza en toda el área del Yucatán...

Vito Marcello abrió un ojo y miró la hora en su reloj-pulsera. Las cuatro y media justas. Bien, ya debía obrar. Se levantó despacio metiendo mano debajo de la chaqueta y empuñando la automática, que comenzó a extraer.

Rudy había terminado por adormilarse. Despertó de repente sintiendo en la nuca un contacto frío y duro de una pistola, un frío

que le penetró instantáneamente en la sangre, dejándolo helado de temor. Abrió los oídos y tropezó con la sonrisa cínica de Vito, que empuñaba también su pistola.

—Tranquilo, Rudy, ¿eh?

Era «Dads», quien le pegaba su arma a la nuca... Comprendiendo de pronto la situación, Rudy se sintió súbitamente enfermo. Pasó nervioso la lengua por los labios y gorgoteó:

—¿Qué vas... a hacer?

—¿No te lo imaginas?

—No... no puedes... No tienes motivos...

—¿Lo oyes, «Dads»? El chico no nos ha dado motivos... Claro que no, Rudy, claro que no... Pero sucede que «Dads» y yo hemos decidido que dos millones son más que doscientos mil. Puras matemáticas, ya sabes... Fuimos a la escuela...

Estaba gozando con el sufrimiento de quien hasta ahora fue su cómplice, con un sádico goce. En cuanto a «Dads», callaba, con una sonrisa malvada en sus delgados y torcidos labios, y mantenía la pistola contra la nuca de Rudy, el dedo en el gatillo.

Rudy intentó desesperadamente abogar por su vida.

—No me matéis, somos compañeros...

—Bah... «Dads» y yo somos compañeros. Tú te proponías denunciarme a Ernie en cuanto llegásemos, lo leí en tus ojos.

—¡No, no...!

Vito alzó la mano izquierda y lo abofeteó con violencia, rompiéndole la boca. Luego rió en tono bajo.

—Cierra la sucia boca. Y no temas, que no vamos a meterte una bala en la cabeza. Te depararé un modo más original de morir. Mira, vas a dar un gran salto, ¿sabes? De esa portezuela al gran charco...

Volvió a reír, como si le divirtiera mucho la idea. Rudy semejaba paralizado por el terror, con la sangre corriéndole de la boca rota por el bofetón y mirándole muy fijo. Vito terminó por encogerse de hombros.

—Voy a convencer al piloto —dijo a «Dads»—. Vigílalo.

Pero antes alargó la mano izquierda y desarmó a Rudy, que no hizo nada por evitarlo. Desdeñándolo ya, se marchó a la cabina.

El piloto nada había oído. Tampoco movió la cabeza al oírlo entrar, pero se quedó rígido cuando vio la pistola en la diestra de

Vito, Éste se apoyó en la jamba de la puerta, ordenándole con voz suave:

—Tranquilo, amigo...

Volviéndose a medias, el piloto miró al arma; luego a sus ojos.

—¿A qué viene esto?

—A nada, amigo. Vas a variar el rumbo. No vamos a Jamaica, sino a la América Central.

—Ah... —El cerebro del piloto estaba especulando ya velozmente con el súbito cambio de situación—. ¿Puedo saber exactamente adonde?

—Ya te lo diré. Ahora sé buen chico y obedece.

El piloto miró hacia la cabina de pasaje. No podía distinguir a los otros dos viajeros.

—Entiendo —dijo—. Vosotros tres queréis escapar con lo que cargasteis...

—No pienses, puede dolerte la cabeza. Pero no somos tres, sino dos. El otro va a dar un bonito salto sin paracaídas, ¿comprendes? Estorba...

El piloto ya sabía a qué atenerse. No dijo palabra y movió los mandos ligeramente a la derecha. Vito no le quitaba ojo, pero nada sabía de aviones.

—¿Qué haces?

—Cambio el rumbo. Directo al Yucatán.

—Ajá. Sigue siendo inteligente y verás cómo ganas. Quietecito.

Lo cacheó rápidamente mientras el piloto mantenía las manos sobre los mandos, calculando mentalmente su situación y el tiempo que iban a tardar en alcanzar la costa yucateca. Minutos tan sólo...

Sabía ya que su vida estaba en peligro inminente. Aquellos forajidos lo matarían en cuanto hubiera aterrizado. Pero si lograba realizar un aterrizaje de emergencia tal vez hubiera una probabilidad. Tenía que intentarlo, no por él sino por su hijo...

Vito no podía leerle los pensamientos. Creyó que lo tenía dominado, se guardó su pistola y, sonriendo malignamente, retrocedió, parándose en la puerta de paso a la cabina de mandos, donde pegó la espalda y ordenó a «Dads»:

—Echa a Rudy adelante. Y luego abre la puerta.

«Dads» obedeció, obligando a levantarse a Rudy, que seguía como paralizado, y a quedar de pie a tres metros escasos de Vito, el

cual lo vigilaba con un ojo mientras con el otro no perdía de vista al piloto, atento al rumbo al parecer.

«Dads» echó mano a una de las manillas de la puerta y la soltó. Se dispuso a soltar la otra...

—Ahora darás el gran salto, Rudy —se mofó Vito—. Tú solito, sin que nadie te empuje, ¿verdad? Un salto mag...

«Dads» acababa de soltar la otra manilla de seguridad y echó mano al pestillo de apertura.

El piloto había estado aguardando su momento. Súbitamente dio un giro rápido al volante.

El avión pegó un brusco bandazo, tomando por sorpresa a los tres forajidos. «Dads» gritó con alarma y se sujetó como pudo a la puerta, mientras Vito caía hacia dentro y disparaba, errándole a Rudy. Éste reaccionó a toda velocidad, aprovechando el impulso del bandazo para tirarse como un jugador de «*rugby*» contra «Dads», con quien chocó violentamente y que intentó sin suerte hacer fuego para detenerlo. Rudy se le agarró a la muñeca armada, forcejearon...

El piloto dio un nuevo cambio brusco al volante y el bimotor cambió de posición, frustrando la maniobra de Vito para afianzarse y levantarse. No sólo eso, sino que recibió un golpe en la cabeza que lo atontó ligeramente. El piloto soltó los mandos y se levantó, para echársele encima y desarmarlo...

«Dads» y Rudy habían rodado al suelo, bregando por la posesión de la pistola, mientras la puerta se abría al quedar más alta por el bandazo. «Dads» era más recio, pero Rudy luchaba por su vida.

Y quiso el Destino que en la brega se disparase la pistola cuando estaba apuntada hacia la puerta de entrada a la cabina de mandos. En aquel momento, el piloto se abalanzaba sobre Vito.

Recibió el proyectil en el costado y cayó, con un gemido ronco, contra los mandos del aparato, herido mortalmente.

El bimotor dio otro bandazo cuando Vito se incorporaba con una mueca de rabia para intervenir en la pugna allí afuera.

«Dads» y Rudy rodaron por el piso del mismo, aún agarrados. Vieron a donde iban y ambos a una trataron de impedirlo, soltándose mutuamente, pero antes de que pudieran lograr su propósito se deslizó Rudy por los pies al exterior. Y en un último esfuerzo vengativo se aferró a los pantalones y la gabardina de

«Dads», arrastrándolo al vacío con él. «Dads» aún empuñaba la pistola, la soltó y logró aferrar su mano derecha al borde de la puerta. Pero dos segundos más tarde el mismo bandazo cerró la compuerta metálica, que aprisionó la mano y cortó limpiamente sus dedos. «Dads» y Rudy cayeron al negro vacío juntos, envueltos en el tronar de los motores del avión y el largo alarido de dolor y agonía del primero.

Vito Marcello logró ponerse en pie, aturdido y jadeante. Miró al piloto y lo vio quieto, caído, con una mueca de dolor impresa en el rostro, sobre los mandos. Súbitamente se dio cuenta de la real situación y una luz de pánico llenó sus ojos. Aferrándose a donde pudo miró hacia delante, por el cristal delantero de la cabina...

Pudo ver, perfectamente, cómo el avión estaba hincado de morro. Iba a estrellarse...

Alocadamente, sin saber a ciencia cierta lo que hacía, el forajido separó de un empujón al piloto, tirándolo al piso de la cabina, y se sentó ante los mandos. Sabía conducir automóviles, un avión no podía ser mucho más difícil...

Sólo que un automóvil camina por sobre sólidas superficies y, a velocidades relativamente pequeñas, se le puede ir frenando y detenerlo sin excesivas dificultades, incluso sin demasiados riesgos, a poco que se sepa conducir. Pero un avión volando a setecientos metros de altura y más de cuatrocientas millas-hora es algo diferente. Aparte de que, tarde o temprano, tiene que aterrizar...

CAPÍTULO X

Ernie y sus dos compinches realizaron un vuelo tranquilo. Media hora después de despegar estaban cruzando la cosía mejicana cuarenta millas al Sur de Matamoros y el avión proseguía su ruta hacia el interior.

—Llegaremos a destino a las cuatro y veinte, como estaba previsto.

—¿Dónde es eso?

—Un pequeño campo de aviación para aparatos ligeros situado cerca de una pequeña ciudad llamada Cerros. Carece de inspección internacional y el jefe del campo ha sido convenientemente aleccionado. Habrá dos hombres esperándonos allí. El piloto alegrará un aterrizaje de emergencia por una pequeña avería y mientras se retiene la atención de los funcionarios, pocos y abúlicos, sacaremos las cajas llevándolas al automóvil que estará esperándonos...

Todo sucedió tal y como se había planeado. A las cuatro y veinte de la madrugada el avión pidió permiso al campo de aviación para aterrizar por avería supuesta en uno de los motores y el permiso le fue inmediatamente concedido. Los tres hampones se apresuraron a colocar las cajas cerca de la puerta. El aparato tomó tierra sin novedad en una pista más bien pequeña y, desde luego, en no muy buenas condiciones. Al fondo había unos edificios y una torre de control no demasiado moderna. En un «jeep» parecían llegar ayudas y sólo dos empleados del campo se encontraban señalando la maniobra al bimotor.

—Listos en cuanto pare.

Apenas el avión se hubo detenido Pritchard abrió la puerta. Ernie y Leskowitch ya tenían cada uno una caja en las manos.

Por la parte opuesta a aquélla por donde venía el «jeep» otro

vehículo de la misma clase se acercaba ocupado por dos hombres. Su conductor realizó una hábil maniobra y fue a colocarlo casi pegado a la panza del avión, más o menos debajo de la portilla. Rápidamente, las cuatro cajas metálicas cayeron dentro de la parte trasera del vehículo y Ernie las siguió, en ágil salto. Inmediatamente maniobró el «jeep», dio una vuelta casi completa y se alejó a toda velocidad hacia la parte oscura del campo. Lucían altas las estrellas en los jirones de cielo despejado y un viento bastante fuerte, seco, procedente de los lejanos montes, barría la campiña...

Ernie tenía su pistola empuñada cuando se encaró con los dos que iban delante, pero la mantuvo oculta en el interior de la gabardina:

—¿Hay novedad?

—Ninguna. ¿Y ustedes?

—Todo bien. ¿El coche?

—Aguarda en la carretera.

—Adelante.

El «jeep» dejó los terrenos del campo de aviación y dio tumbos por un descampado durante unos cien metros, hasta salir a una carretera amplia. Doscientos metros más allá se encontraba detenido un automóvil de marca americana, oscuro y con los faros apagados.

El «jeep» se detuvo a su lado y Ernie saltó a tierra antes de que lo hicieran los otros.

—Metan tres cajas en el portaequipajes. La otra en el asiento trasero.

Aquellos hombres también creían estar colaborando en una operación de contrabando. Obedecieron prestamente. Vestían de modo parecido a como los forajidos y eran norteamericanos.

Ernie vigiló la rápida operación mientras veía a lo lejos las luces del avión que los trajera. Luego les ordenó:

—Regresen. Ya saben lo que tienen que hacer.

Ellos volvieron a montar en el «jeep» y se alejaron hacia el campo de aviación. Ernie se guardó la pistola y encendió un cigarrillo. Todo marchaba perfectamente...

Pritchard y Leskowitch estaban parados en la puerta cuando llegó el jefe del campo, hombre de poblados bigotes, con un empleado en otro «jeep». El piloto ya había salido de la cabina y fue

quien tomó la iniciativa.

—Noté ratear uno de los motores y decidí no arriesgarme, Llevo a dos pasajeros desde Houston, Texas, a Ciudad Méjico.

Llegaron unos mecánicos, luego otros dos o tres empleados. El jefe del campo impartió unas órdenes y al poco quienes no estaban en la cabina se encontraban al otro lado del avión, examinando el motor presuntamente averiado.

Dos hombres trajeados de forma parecida a los forajidos llegaron tranquilamente al paso, desde el «jeep» detenido a corta distancia y sin que nadie pareciera ocuparse de ellos.

—Váyanse. Su amigo los espera en la carretera. Pritchard y Leskowitch caminaron aprisa hacia el «jeep». Los otros dos se apresuraron a subir al aparato. Cuando la gente del campo los viera allí dentro no iban a presumir la suplantación, la inmensa mayoría ni les vieron la cara...

Ernie estaba parado junto al automóvil aguardando a sus compinches. No pasó ni un solo vehículo por la carretera desde que lo dejaron solo. Ahora sí lo hizo un camión bastante desvencijado, pero su conductor y su ayudante no parecieron ocuparte demasiado del automóvil detenido reglamentariamente con todas sus luces de posición encendidas.

El «jeep» se paró detrás del turismo y los dos hampones lo abandonaron, reuniéndose con Ernie, subieron los tres, Lou volvió a tomar el volante y el automóvil se puso en marcha, alejándose sin demasiada prisa.

Ernie encendió su linterna y desdobló el plano de carreteras que había tomado de la parte delantera del coche. Con brillante tinta verde, fluorescente, estaba perfectamente señalizada la ruta.

—Sigue por seis kilómetros y luego tuerce a la derecha. Caminaremos tres más y entraremos en la carretera general.

—¿Cuándo llegaremos a Ciudad Méjico?

—A mediodía o algo antes, depende de la densidad del tránsito.

—¿Y una vez allí?

—Directamente al aeropuerto. Nos estarán esperando. Las cajas metálicas serán disimuladas para pasarlas sin despertar sospechas.

Ninguno de los tres sentía sueño. Habían dormido el día anterior hasta primeras horas de la tarde y la excitación los mantenía despejados, serenos.

A la salida del sol Ernie relevó a «Rony» al volante. Corrían ahora a velocidad normal por una excelente carretera y atravesando majestuosos paisajes de montañas y valles, derechos al Sur...

A las once y cuarto de la mañana penetraron en los arrabales de Ciudad Méjico. Poco después, Ernie detuvo al coche y ordenó a Leskowitch:

—Tú sabes algo de castellano. Compra los periódicos.

Había un puesto de Prensa a corta distancia, regentado por un muchacho de mirada despierta. Leskowitch fue allí y al poco regresaba cargado con varios periódicos.

—No han llegado aún los americanos —dijo al entrar.

—Examina éstos.

—Bien... Aquí está. Vaya, nos ponen en primera página...

Ernie echó una ojeada, mientras Pritchard lo hacía por encima del asiento.

La noticia venía con grandes titulares: «Importante robo en Texas. Los ladrones utilizan artillería para robar pagas del Ejército. Seis policías asesinados, dos soldados heridos, uno de los atracadores muerto».

Debajo, dos telefotos tremendamente expresivas. En una la oficina del *sheriff* Addington, con él y los policías Carisson y Dawes acibillados a balazos. En la segunda, el boquete abierto en la pared del Banco y, un poco más lejos, el agente Suárez...

Los tres forajidos se miraron.

—Hum...

—Lee lo que dice, vamos.

Leskowitch deletreó lentamente la noticia; luego la resumió con indiferencia.

—No tienen ni idea de nuestra identidad, tampoco saben dónde estamos. Lo único que dice es que somos unos salvajes asesinos y que toda la policía de Texas, la federal y hasta las Fuerzas Armadas, andan siguiéndonos el rastro.

—Pues que sigan buscándolo...

Ernie no dijo nada. Daba por descontado que se les iba a buscar con todos los medios posibles, pero la operación había sido planeada por un genio y ejecutada sin un fallo. Jamás conseguirían atraparlos...

Llegaron sin novedad al aeropuerto. Un hombre joven, bien

trajeado, fumaba despaciosamente como aguardando a alguien al borde de la acera. Ernie condujo allí al coche y lo detuvo. El hombre aquél abrió tranquilamente la portezuela y entró, acomodándose en el asiento y mirando a Pritchard y Leskowitch con una sonrisa.

—Soy Manuel Mederos —dijo—. Supongo que les hablaron de mí.

—Indíquenos el camino —le contestó Ernie secamente.

—Seguro. Doblen por esa esquina de la derecha y párense un poco delante de donde yo les indique...

Terminaron entrando en una especie de almacén de modestas proporciones. Allí sólo había un hombre ya viejo que no parecía nada curioso. Y también dos hermosas cajas de embalaje, con viruta suficiente para ocultar las que traían los forajidos. Un trabajo de quince minutos escasos dejó perfectamente ocultas las segundas en las primeras, éstas con una serie de rótulos advirtiendo que contenían equipo científico. Luego, las cajas fueron subidas a una furgoneta y Mederos tomó el volante.

—Vayan directos al aeropuerto, ya estarán esperándoles. Yo me encargo de los bultos...

—¿No habrá problemas? —Inquirió Pritchard cuando salían del almacén. Ernie denegó.

—Todo está previsto. Ése, como los demás, imagina estar acarreado droga en bruto.

No tuvieron ninguna dificultad para encontrar al otro enlace, un hombre joven vestido como los pilotos civiles y de simpática sonrisa, que estaba examinando una de las tablas de horario de vuelos y se les acercó en cuanto Ernie, parándose debajo de determinado reloj del vestíbulo, hizo un comentario acerca de la posibilidad de que hubiera buen tiempo para cazar en Sierra Madre.

—Buenos días, señores. Soy Agustín Robles, su piloto.

Ya estaba esperándoles. El avión lo tengo listo, síganme...

Sí, todo resultaba sorprendentemente fácil, como suele serlo aquello que ha sido planeado con sumo cuidado y sin dejar nada al azar. Los tres forajidos pasaron tranquilamente por delante de policías de uniforme y de paisano que no sospecharon su conexión con el sangriento robo que a la sazón mantenía en vilo a la opinión pública mundial, penetraron en la zona reservada a vuelos por el

interior del país y subieron a un monomotor de turismo, de seis plazas, en el cual acababan de ser cargadas dos cajas con instrumental científico.

Apenas diez minutos después de su llegada, el aparato despegó y remontó el vuelo, dio un amplio rodeo en el cielo nuboso y se encaminó como una flecha plateada hacia el Sur.

Precisamente en aquellos momentos, a muchos kilómetros al Norte, en la prisión de San Quintín, el presidiario número 36 284,

se encontraba entregado a la tarea de arreglar uno de los estantes de la Biblioteca. Se detuvo en mitad de la misma, abrió mucho la boca como si de pronto le faltase el aire, hizo una mueca de dolor intenso, se apretó una mano crispada sobre el corazón, quiso decir algo y cayó de la escalera como fulminado.

En aquellos momentos se encontraba solo y durante casi diez minutos nadie se dio cuenta de lo que sucedía, porque era un poco antes de la hora de lectura y el otro preso que trabajaba en la biblioteca hallábase al lado opuesto, muy ocupado también.

Uno de los guardianes del presidio entró, como se hacía siempre, a inspeccionar la Biblioteca antes de abrirla a los convictos. El hombre cambió unas palabras con el otro preso y caminó sin prisa hacia el punto donde había caído el número 36 284,

descubriéndolo de pronto y lanzando una llamada de alarma, a la cual acudió inmediatamente su compañero. Ya estaba el vigilante arrodillado sobre el caído y examinándolo.

—Ha debido ser un colapso —dijo—. Llame a mi compañero, rápido.

Cinco minutos más tarde llegaba el médico de la prisión. También el oficial de servicio. El examen del médico fue muy rápido.

—Está muerto —diagnosticó—. Un colapso cardíaco, al parecer. De todos modos convendrá hacerle la autopsia.

Uno de los vigilantes tomó del suelo el libro que el preso número 36 284

tenía en la mano cuando le sobrevino el colapso y se dispuso a colocarlo en su puesto de la estantería. Casualmente le echó una

ojeada y descubrió algo que nunca hubiera descubierto porque, desde luego, no era nada aficionado a la Arqueología.

—Teniente, mire esto, por favor.

El oficial de guardia tomó el libro y miró lo que le indicaba su subordinado, una anotación hecha con tinta en la contratapa posterior.

—Cuatro, diecisiete, derecha... Hura... ¿Qué hay de este libro?

—Winner lo tenía en su mano cuando le dio el colapso, sin duda. Yo lo descubrí y el libro estaba en tierra junto a él. Debí tomarlo de ahí arriba.

Desde la triple fuga de Ernie y sus compinches. Winner se encontraba en la lista de sospechosos, aunque no se le había demostrado. El oficial miró al estante superior, a la cubierta del libro y, luego, tomó una decisión.

CAPÍTULO XI

Macario era sin disputa el mejor pescador de la isla de Cozumel. Solía levantarse muy de madrugada y salir con su barca al mar, llevándose a su hijo, de diez años, como ayudante. Ellos residían en una pequeña aldea en el extremo occidental de la isla, un paraje hermoso y semisalvaje, apartado de las vías de comunicación, por otra parte no demasiado abundantes ni buenas, de la isla.

Aquella madrugada, como de costumbre, Macario y su hijo se hicieron al mar y se encaminaron al punto donde esperaban conseguir una buena cosecha de camarones. No llevarían diez minutos navegando cuando oyeron el ruido de un avión que se acercaba velozmente. El mar estaba calmo y había bastantes nubes, pero al levantar la vista pudieron distinguir las luces del aparato perfectamente.

Macario y su hijo no veían demasiados aviones, pero tardaron poco en darse cuenta de que aquél no parecía andar muy bien. Se quedaron contemplándolo como fascinados y pronto pudieron verlo pasar sobre ellos, como un enorme pájaro rugiente, hacia la isla. Pero casi al instante el aparato dio un bote, se elevó, pegó un bandazo, luego otro, perdió altura, hizo un giro amplio a su derecha, hacia el mar de nuevo, volvió a subir, luego a bajar...

—Algo le pasa a ese aparato, chamaco —le dijo el pescador a su hijo—. Algo malo...

—Sí, papá. Se va a caer...

El avión se perdió mar adentro, volando bastante bajo. Y los dos pescadores lo siguieron con la vista hasta que no pudieron distinguir sus luces. Pero apenas diez minutos más tarde lo vieron regresar, al menos tuvieron la impresión de que era el mismo.

—Qué cosa más rara... Se diría que les ocurre algo...

Les ocurría bastante. A bordo del bimotor, Vito Marcello estaba tratando de dominar el pánico mientras a sus pies se desangraba lentamente el piloto moribundo. Tras ciegos intentos había logrado enderezar el rumbo, pero cuando se arrodilló junto al piloto y lo zarandeó hasta hacerle recuperar el sentido, recibió la más implacable condena de aquellos labios por entre los cuales escapaba un hilillo de sangre.

—No tomaré los mandos. Estoy herido de muerte, lo sé, me quedan escasos minutos...

—¡Tienes que hacerlo o te deshago la cara a balazos...!

—Hazlo... Y luego arréglatelas para aterrizar...

Arréglatelas para aterrizar. ¿Cómo, si no sabía? ¿Dónde, si ignoraba su situación? ¿En el mar? ¿Acaso en la selva? Se estrellaría irremediablemente, moriría justo cuando pensó tener el éxito al alcance de la mano...

El piloto sentía ahora un amargo deseo de venganza, pensando en el hijo que ya no se podría curar, al que no podría volver a ver.

—Estás perdido... Sólo hay combustible para veinte minutos, iba a aterrizar en la costa del Yucatán, no en Jamaica... Ahora tú verás...

Fuera de sí, Vito lo golpeó y el piloto perdió el conocimiento. Estaba muriéndose, por otra parte. Aunque lo colocara sobre el asiento y le obligara a coger los mandos de nada serviría. Y un hombre moribundo no se deja amedrentar por nada...

Había logrado enderezar el rumbo mar adentro, pero ahora le entró un pánico ciego. No quería morir en el mar, sin posibilidades de ayuda. La tierra era otra cosa, con un poco de suerte tal vez pudiera encontrar un lugar pantanoso, o un prado, donde intentar un aterrizaje de emergencia, como fuera...

Se sentó de nuevo ante los mandos y buscó locamente el indicador de presión, el de combustible, comprobando que el piloto le había dicho la verdad. Veinte minutos, tal vez media hora... Todo ese tiempo tenía para encontrar un punto de aterrizaje. Y tenía que encontrarlo...

Pero Vito no era piloto. A lo más que podía aspirar era a mantener en el aire el aparato mientras durase la gasolina. Luego...

Nadie se aterriza tanto a la vida como el hombre acostumbrado a quitársela a sus semejantes y Vito Marcello no era una excepción.

Hizo dar vuelta al aparato y trató de taladrar con la vista la negrura del horizonte. Necesitaba tierra...

Comenzaba a apuntar el alba gris, pero demasiado despacio para sus deseos. Allí delante vio surgir una línea más oscura y densa: la costa. El altímetro indicaba que iba volando a cuatrocientos cincuenta metros sobre el mar.

La tierra era una isla, de bastante extensión. Y al otro lado el mar de nuevo... No vio en su rápido paso sobre ella ningún punto idóneo para aterrizar, pero dio la vuelta al aparato, regresando, porque temía adentrarse en el mar y no se fiaba de las palabras del piloto. No había islas cerca de Méjico, sin duda estaba en medio del Caribe. Tenía que buscar mejor en aquella isla.

Descendió a doscientos metros y se desojó tratando de encontrar algún punto adecuado para intentar el aterrizaje de emergencia. Pasó por encima de un pueblo dormido, pero los campos eran escasos y cortados, al parecer, por zanjas o ribazos. Luego había selva, también, hacia el interior de la isla, una serie de elevaciones cubiertas de bosque...

Durante los quince minutos siguientes Vito Marcello vivió la más terrible agonía, agarrotado a los mandos del aparato, viendo cómo la luz del día iba creciendo lentamente, muy lentamente, y la gasolina se agotaba en los depósitos aprisa, muy aprisa. En la isla no encontraba puntos adecuados para aterrizar, no se lo permitía la oscuridad reinante. Dentro de veinte minutos ya habría luz suficiente, pero dentro de veinte minutos ya no quedaría gasolina.

Allí abajo, Macario y su hijo se habían olvidado de pescar para seguir las extrañas evoluciones del aparato.

—Si serán contrabandistas...

—O revolucionarios...

Sólo era un hombre enloquecido de rabia y miedo a morir, encerrado en aquella trampa aérea de la que no podía evadirse, viendo cómo el indicador de esencia iba marcando de modo implacable la llegada del momento dina.

De repente, el motor de la izquierda comenzó a ralear, de modo poco perceptible al principio, más acusado luego, hasta que se paró. El bimotor dio un bandazo. Vito trató de enderezarlo con un brusco golpe de timón, pero lo que hizo fue desnivelarlo y el aparato se precipitó, de morro, a doscientas millas-hora, velocidad a que había

sido rebajada su marcha, contra la playa de Cozumel.

Macario y su hijo lo vieron pasar sobre sus cabezas con violento estruendo y dirigirse recto hacia la playa, a una milla más o menos de donde se encontraban.

—Se va a estrellar...

Casi no le dio tiempo al pescador a expresar su opinión. El bimotor ya no obedecía a su inepto piloto, se agarrotaron los mandos y Vito Marcello tuvo suficiente luz diurna para ver donde se iba a estrellar, una estrecha faja de arena donde chocaban las olas de la marea alta, más rocas negruzcas esparcidas, al fondo el muro de la selva...

Un ala del bimotor rozó la mayor de aquellas rocas y se desprendió hasta el motor, que salió disparado por el aire. El avión hincó su morro contra la arena, dio un salto, se partió la otra ala y cayó de lleno contra una segunda roca, alta como una casa de dos plantas, aplastándose allí la cabina de mandos, luego dio una vuelta de campana y el fuselaje se partió también.

Macario y su hijo lo vieron todo. Eran los únicos espectadores, porque la aldea quedaba a más de dos kilómetros y oculta por un espolón de la costa. Se miraron, impresionados, y el padre sentenció:

—Pues se estrelló...

—¿Qué hacemos, papá?

—Ir a ver si alguno está vivo. Luego correr a llevar el aviso...

Pero dentro del avión no había nadie vivo. Vito Marcello había sido cortado literalmente en dos por un trozo del fuselaje y se desangraba rápidamente entre los restos de la cabina de mandos, con los ojos muy abiertos y fijos, aún agarrado con ambas manos al volante...

Las autoridades de la isla llegaron al lugar del accidente a las diez y media de la mañana. Toda la población de la aldea de Macario y las circundantes habían acudido a la curiosidad del accidente aéreo, pero en su mayoría eran gentes demasiado humildes para atreverse a robar nada. Por otra parte, las cuatro cajas metálicas presentaban una dificultad demasiado grande para forzarlas y dos policías rurales las custodiaban, sobre la arena, a cierta distancia de los restos del aparato y junto a los cadáveres del piloto y de Vito Marcello, tapados con sendas mantas.

El jefe policial de la isla las examinó con interés, así como el juez.

—¿Usted qué opina, señor comisario?

—Parecen cajas de las que usan los Bancos para transportar valores...

—Eso mismo opino. ¿Qué hay de las víctimas, doctor?

El médico que había estado examinando los restos humanos tenía las cejas fruncidas.

—Le diré, señor juez. Sospecho un crimen antes del accidente. El hombre cortado en dos no era el piloto; éste había muerto probablemente antes de que se estrellara el aparato, porque tiene una herida de bala en el costado izquierdo que le debe haber interesado los pulmones, por lo menos, y está prácticamente desangrado...

Una hora más tarde, en la aldea de Macario y, tras haberle tomado declaración al pescador, el herrero procedió a descerrarajar una de las cajas metálicas, no sin mucho esfuerzo. Y al levantar la tapa todos se quedaron sin aliento.

—¡Miren esto!

El juez tomó uno de los fajos de billetes y lo examinó frunciendo el ceño.

—Billetes americanos de diez dólares... Si todas las cajas están tan llenas como ésta hay un fortunón... Un momento, aquí hay algo que parece una lista. Sí, es una relación numérica de los billetes... Banco de Texas y el Caribe... Pagaduría General del Ejército de los Estados Unidos...

El juez y el comisario local se miraron. El segundo hizo una mueca.

—Dinero de los yanquis, del Ejército...

—Sí. Y esos dos hombres, el avión, no eran militares. Creo que debemos ponernos en contacto inmediatamente con Mérida, para informar.

—Usted cree que haya habido un robo...

—Y usted lo sospecha también. Dos hombres en un avión, el piloto con un balazo mortal, el aparato dando vueltas sobre la isla durante casi media hora antes de estrellarse...

—Supone que le dieron un tiro al piloto para robar.

Bueno, pero entonces no se explica cómo se quedaron por acá en

vez de seguir a tierra firme. Por lo que han contado el pescador y su hijo ese otro tipo debía andar buscando un punto de aterrizaje, hay por lo menos cinco en la isla donde pudo hacerlo y fue a estrellarse contra las rocas de la playa. No tiene sentido...

—Eso ya se encargará de averiguarlo la investigación. Ahora nuestro deber es custodiar esa fortuna y dar el parte para que vengan cuanto antes a liberarnos de responsabilidades...

Cozumel estaba en un rincón del mundo. Ni siquiera el juez y el comisario se habían enterado del gran robo ocurrido la noche anterior en una pequeña ciudad tejana. No lo supieron hasta que, puestos en contacto con la ciudad de Mérida, recibieron orden de custodiar las cajas y los cadáveres, anunciándoles la inmediata llegada en avión de varios funcionarios policiales y el cónsul de los Estados Unidos en la ciudad de Mérida.

Era el comienzo del fin.

CAPÍTULO XII

El avión que conducía a Ernie, Pritchard y Leskowitch, aterrizó en Tepotzal hora y media después de su partida de Ciudad Méjico.

Tepotzal era una pequeña ciudad plácida y colorista situada en un valle rodeado de altos montes con las laderas selváticas, un verdadero paraíso para las personas necesitadas de descanso. Tenía un pequeño campo de aviación a corta distancia y era bastante frecuentada por hombres de negocios, artistas y gente necesitada de descanso y paz. En sus alrededores abundaban las fincas privadas de recreo. De ahí que nadie se sorprendiera por la llegada de tres americanos en un avión ligero.

Un automóvil negro, lujoso, aguardaba junto a la salida del aeropuerto y también una furgoneta. Un hombre de cabellos grises, porte elegante y acusada apariencia anglosajona, vino al encuentro de los tres hampones cuando éstos se encaminaban al edificio de oficinas. Ernie lo conocía y advirtió a los otros:

—Mucho ojo, es el financiero.

—Descuida... Oye, no parece muy alegre. ¿Por qué será?

Ernie ya lo había advertido y frunció el ceño. El otro hombre llegó a su lado y le tendió la mano. En apariencia su actitud era normal. Había cerca empleados, otra gente...

—Bienvenidos, mis queridos amigos. Espero que hayan tenido un viaje cómodo y tranquilo.

—Así es. Y estamos encantados de hallarnos aquí. Bueno, éste es Lou Pritchard y éste Joe Leskowitch. ¿Qué hay...?

—Hablaremos en el coche. ¿Cuántas cajas traen?

—Cuatro, como acordamos. Ahí las bajan.

Así era. Los dos cajones falsamente etiquetados de material científico estaban siendo sacados del avión y conducidos a la

furgoneta que se había mientras arrimado al mismo, por unos empleados del campo. El hombre de pelo canoso las miró fijamente unos instantes mientras los hampones sentían la premonición de que algo había fallado. Luego miró a Ernie con fijeza.

—Vamos.

Nadie habló hasta verse fuera del campo y dentro del coche. A un gesto del hombre de pelo gris, Lou tomó el volante. Ernie subió atrás, con el propietario del vehículo.

—Siga la carretera adelante, ya le indicaré.

—¿Qué es lo que sucede?

Aquel hombre tenía ojos grises, muy fríos, que se clavaron en los de Ernie.

—El otro avión no llegó a su destino.

Ernie soltó un taco a media voz, Pritchard otro y Leskowitch se volvió, diciendo:

—Te lo dije, Ernie. Ese puerco...

—¡Cállate! ¿Qué sabe de eso?

—Dígame usted primero a qué se refiere su amigo.

Ernie estaba pensando muy aprisa. Y se sentía lleno de una rabia fría.

—Vito Marcello. Recelábamos de él. Yo había decidido que Sam Prowsett y Rudy Belton los acompañaran para quitarle de la cabeza las malas ideas, pero a Sam lo mataron durante la operación y tuve que dejar ir solo a Rudy con él y con «Dads» Gustafson.

—Nunca me gustó ese italiano —intervino Leskowitch—. Sabía que nos iba a traicionar...

—No podrá ir muy lejos, me voy a encargar de eso...

—No hace falta.

—¿No? Pero...

—El avión se estrelló esta mañana en una playa solitaria al occidente de la isla de Cozumel.

Hubo un breve e intenso silencio, mientras los tres hampones asimilaban la noticia. Ernie fue el primero en reaccionar.

—Entonces no hubo traición.

—Estamos averiguándolo. Al parecer, dentro del aparato sólo iban dos hombres, el piloto y otro.

—¡Eso no es posible!

—Eso es lo que se sabe hasta ahora. Las autoridades han tendido

rápida­mente un telón de silencio sobre el accidente y la Prensa apenas sabe nada. Se ha indicado que era un avión privado norteamericano y no dieron el nombre de las víctimas. El hombre que envié a investigar acaba de comunicarme que hay mucho peligro en acercarse al lugar del accidente e incluso a la aldea donde se han centrado las investigaciones oficiales. El cónsul de Estados Unidos en Mérida está allí desde hace más o menos dos horas y también el comisario-jefe de la policía de Mérida, así como autoridades militares, se han llevado soldados... Todo da a entender que encontraron las otras cajas y las han abierto.

Los hampones respiraron fuerte. Ernie gruñó:

—También ha sido... ¿Qué haremos ahora?

—Seguir como estaba planeado. Se había prevenido también esta posibilidad. Ni en el avión ni en las ropas del piloto hallarán nada que pueda llevarles hasta aquí. Hemos perdido dos millones, eso es todo.

—Y es bastante. Eso reduce nuestros beneficios a la mitad...

—De eso hablaremos más tarde. Ahora esperaremos a tener noticias más concretas sobre ese accidente. Doble por esa desviación.

Dejando a un lado Tepotzal, el automóvil siguió una carretera que trepaba por la ladera de una montaña cubierta de espeso bosque. El hombre de pelo gris abría sólo la boca para hacerle a Lou secas indicaciones sobre el rumbo, Ernie y Pritchard fumaban en completo silencio, asimilando la situación...

Tardaron casi una hora en llegar a su destino, un pequeño valle colgado como un pañuelo entre dos espolones de la montaña, regado por un caudaloso arroyo que formaba una pequeña cascada al fondo, donde se cerraba el valle, y cubierto de cultivos de tipo semitropical donde trabajaban hombres y mujeres indígenas en cierto número. La casa era amplia y de hermoso aspecto, con espléndidas vistas, jardín, piscina y todo lo necesario para la comodidad de sus ocupantes.

—Irán ahora a sus habitaciones, todo está preparado para atenderles.

Eran habitaciones amplias y cómodas, como ninguno de los tres hampones las había visto desde mucho tiempo atrás. Muchachitas nativas les atendieron, pero ellos no estaban en condiciones de

fijarse en mujeres. Pesaba sobre sus mentes la pérdida de aquellos dos millones y lo que podía representar...

Tras ducharse y cambiarse de ropa, poniéndose las que ya tenían preparadas, los tres fueron a reunirse con el propietario de la finca en el confortable despacho. Allí estaban las cuatro cajas metálicas, en tierra, y apenas hubieron entrado, el hombre de pelo gris cerró con llave. Las ventanas se hallaban cerradas también, así como sus contraventanas y la luz encendida.

—Pongan una de esas cajas sobre la mesa y ábranla.

Lo hicieron y Leskowitch la abrió. La llenaban fajos de billetes de veinte dólares. De diez eran los de la segunda caja y de uno y cinco los de la tercera. Quedaron separados en pilas, por valores, sobre la amplia mesa, Y el hombre del cabello gris tomó la palabra con su voz dura, apretada, fría:

—Ya lo ven. Todo depende del contenido de la cuarta caja.

—Sí...

—Hay exactamente cuatrocientos mil dólares en billetes de veinte, doscientos mil en billetes de diez, cincuenta mil en billetes de cinco y cincuenta mil en billetes de a un dólar. Total, setecientos mil dólares. Yo he gastado cuatrocientos diecinueve mil en el montaje de esta operación. Si en la cuarta caja nos encontramos otra remesa de cinco y un dólares eso significará una ganancia neta de trescientos ochenta mil. Serán cuatrocientos ochenta mil si la caja contiene billetes de diez dólares y seiscientos ochenta mil si son de veinte. Pero si encontramos billetes de cien dólares la ganancia, entonces, será de dos millones trescientos ochenta mil...

—Joe, ábrela de una vez —pidió Ernie con voz gruesa. Leskowitch asintió y se puso a manipular en la cuarta caja. Los demás aguardaron conteniendo la respiración. Sólo había una caja con billetes de cien dólares, eso ya lo sabían, pero las cajas no llevaban al exterior ninguna marca que les permitiera diferenciarlas. No se ocuparon de eso porque no imaginaron lo que había sucedido. Ahora...

La caja quedó abierta con un seco chasquido y Leskowitch tragó aire, asiendo la tapa.

—Que haya suerte —dijo. Y la levantó.

Estaba llena de billetes de cien dólares.

Ernie expandió su pecho en un suspiro de alivio, así como sus

dos compinches. El único que permaneció impassible fue el propietario de la finca.

—Bien —dijo con sequedad—. Apílenlos junto a los otros.

Así lo hicieron mientras él escanciaba caro coñac francés en hermosas copas talladas, indicando a todos, con un gesto que podían cogerlas. Alzó la suya y brindó:

—Por el feliz éxito de nuestra operación, señores.

Bebieron. Estaban preguntándose a dónde iría a parar. Porque a la fuerza tendría que hacerse un cambio importante, después de lo ocurrido...

El hombre fue a sentarse cómodamente y encendió un caro cigarro sin quitarles ojo. Al hablar lo hizo con voz impersonal:

—Señores, esto fue planeado como un negocio y los negocios son susceptibles de muchas alternativas, como bien sabe todo el mundo. Nosotros habíamos hecho un cálculo de beneficios, pero nos encontramos con una realidad distinta. Así pues, debemos afrontarla...

—Al grano, Miller —le urgió Ernie hoscamente.

El otro no se inmutó.

—Al grano voy. Tenemos dos millones trescientos ochenta mil dólares de beneficio a repartir. Lo convenido fue que el señor Winner, en su calidad de autor del plan, percibiría el veinticinco por ciento. Eso significa, ahora, quinientos noventa y cinco mil dólares para él. Mi parte era el treinta y tres, o sea, en cifras redondas, ochocientos mil dólares. Digamos que queda para ustedes tres un millón redondo. Quinientos mil para usted, Holker, un cuarto de millón para cada uno de ustedes dos. ¿Conformes?

—Yo, sí —dijo Pritchard—. Es algo más de lo que calculaba conseguir.

—Yo también —dijo Leskowitch.

Miller miró a Ernie con fijeza.

—¿Y usted, Holker?

—Estoy esperando a que termine.

Miller esbozó una sonrisa y luego quitó la ceniza a su cigarro con un seco golpe del meñique.

—Naturalmente. Ahora debemos tratar de dos cosas. Primera, la salida de Winner. He hecho mis cálculos. Habida cuenta de que se han reforzado mucho las medidas de seguridad y todo lo demás,

sacarlo va a resultar más difícil y, por supuesto, más costoso...

—¿Cuánto?

—Cien mil. A partes iguales entre nosotros cinco, a no ser que prefieran dejarlo pudrirse en la prisión y que nos repartamos su dinero. Pero tengo entendido que tomó sus medidas previniendo esa posibilidad.

—Así es.

—Entonces, deberemos actuar honestamente. A la postre, le debemos el negocio. ¿Conformes?

Los tres hampones se miraron. Ernie asintió por todos.

—Conformes.

—Bien. Pasemos al segundo punto; su huida a lugares seguros donde puedan disfrutar de su dinero. He estudiado detenidamente sus deseos y tengo hecho ya el plan de fuga de cada uno de ustedes, desde aquí hasta el punto que han elegido, así como lo concerniente a la colocación discreta y satisfactoria de ese dinero. Naturalmente, todo eso conlleva unos gastos que deberán correr a su cargo. ¿Están conformes?

—Lo estamos. ¿Cuánto es lo mío?

—En conjunto, veintiocho mil dólares. Comprende plena seguridad de ruta, cirugía plástica, documentación... No es caro, créame. Más o menos, viene a costarles igual a ustedes dos.

—O sea, que me quedo con doscientos mil pelados —ironizó Leskowitch.

Miller lo miró fijamente.

—Que podrá disfrutar tranquilamente según sus deseos. ¿No cree que la seguridad cuesta y vale dinero?

—Claro que sí. Sólo bromeaba...

—Existe el riesgo de que puedan identificarnos gracias a ese accidente —dijo Ernie—. De que nos sigan hasta aquí...

—Imposible. Ya dije que he tomado todas mis medidas. Comprenderán que no iba a arriesgarme tontamente. Éste no es para mí sino uno de tantos negocios y no el mayor que he realizado. Cada uno de los que han tomado parte en él, salvo ustedes tres, sólo conocen una pequeña parte del mismo, aquélla en que actuaron y, caso de ser interrogados, no podrán dar prácticamente ningún dato válido a la policía, porque todos ellos fueron contratados por hombres de mi absoluta confianza que no se conocen entre sí y

jamás hablarán. Ignoro aún qué pudo haberles sucedido a los del otro avión, pero creo que han muerto todos. Y los muertos no hablan. Winner tampoco va a hablar, naturalmente. Y en cuanto a ustedes tres...

Se detuvo adrede, para reforzar sus palabras siguientes:

—Ustedes han tenido suerte y son ahora ricos. Si tienen inteligencia y sensatez, no intentarán regresar a los Estados. No me importa lo que hagan en el futuro, pero mi consejo es que ni siquiera traten de comunicarse entre ustedes, no digamos conmigo o con Winner. Vivan y gocen de la vida, piensen que nadie da dos golpes de esta envergadura con la misma suerte sin poseer una organización muy cara y muy compleja. ¿Comprendido? Y que el mundo es demasiado pequeño para que puedan escapar a las consecuencias de una posible indiscreción por su parte.

Los tres hampones sabían muy bien lo que estaba diciéndoles. Si cumplían ciegamente sus directrices, vivirían y podrían disfrutar su parte del botín. Si no, recibirían una muerte rápida e implacable...

Ernie respondió por todos, con sequedad pero sin violencia:

—No necesita leernos la cartilla, Miller. Los tres sabemos lo que puede esperarnos si regresamos a los Estados y no tenemos ninguna gana de arriesgar el pellejo tontamente.

—Pero sí me gustaría saber cuánto tiempo, más o menos, tardaré en verme a seguro donde quiero ir —inquirió Leskowitch con suavidad.

Miller se lo dijo con el mismo tono de hombre de negocios que había a subordinados, usado por él desde los comienzos de la conversación.

—Los tres van a permanecer aquí durante al menos tres semanas, tiempo necesario para efectuar todas las conexiones y tareas necesarias. Después partirán en fechas distintas a la clínica donde se les efectuarán los cambios faciales indispensables y a la salida de la cual recibirán toda su documentación en regla, perteneciente a individuos fallecidos, ciudadanos de los países donde van a residir. En cuanto al dinero, que imagino será lo más importante para ustedes, antes de salir de aquí recibirán los comprobantes legales de las imposiciones efectuadas al nombre y dirección de su futura personalidad...

Más tarde, los tres hampones se reunieron en un rincón de la

terrazza, como si descansaran disfrutando con la contemplación del paisaje y bebiendo excelente coñac francés.

—Hay algo que no me termina de gustar en este tipo Miller —dijo Leskowitch—. Demasiado orgulloso y frío...

—Puedes ahorrarte las afirmaciones agoreras esta vez —gruñó Ernie—. Miller tiene demasiado dinero y poder para hacer lo que piensas.

—Hum... Me pregunto si algún hombre tendrá suficiente dinero como para hacerle ascos a un millón de dólares.

—Os diré a los dos una cosa. Antes de iniciar la operación yo escribí una detallada historia de la misma y la metí en un sobre lacrado que entregué a determinada persona. Si dentro de tres meses esa persona no recibe noticias mías directas, enviará el sobre a un sacerdote de Los Ángeles. Ese sacerdote no me conoce por mi nombre verdadero, pero sabe que soy un delincuente. Le escribí pidiéndole un favor, y era que si en determinadas fechas recibía una carta lacrada, la remitiera a la policía, pues sería señal de que alguien me había dado muerte porque conozco un secreto que puede perjudicarlo. Me consta que lo hará. Y que Miller no tiene la menor idea de quién es ese sacerdote, ni tampoco la persona a quien le dejé mi relato.

—Vaya, veo que no sólo Winninger tomó sus precauciones... —ironizó Leskowitch—. Pues como algún otro haya hecho lo mismo me parece que estamos aliviados. ¿No pensaste en la posibilidad de que te ocurriera la que en definitiva le pasó a Sam?

—Sí. Y en tal caso Anne habría abierto una nota que le entregué, yendo a recoger el sobre sellado.

—Anne... Me había olvidado de tu amiga. ¿Qué harás?

—Ése es asunto mío.

—Y de todos nosotros. Si la abandonas puede irse de la lengua...

—Anne se reunirá conmigo en el momento más conveniente. Y no es la depositaria del sobre. Así que tranquilizaos, porque Miller no actuará contra nosotros. No le conviene hacerlo...

A la hora de cenar volvieron a ver a Miller. La cena fue servida en el hermoso comedor por dos criaditas nativas y un mayordomo silencioso que tenía la expresión casi idéntica a la de su amo y, a pesar de su eficacia, les dio a los tres hampones la sospecha de ser más un guardaespaldas que otra cosa. No se habló sino de caza y

pesca hasta que sirvieron licor y café en la terraza, en un ambiente fresco y agradable.

—La policía mejicana está efectuando investigaciones en la isla de Cozumel y también en la región costera frente a ella. Sólo se ha contado a la Prensa una sarta de embustes y para nada se mencionó al dinero.

—Eso significa que están tras una pista buena...

—No saben nada. El punto donde debían haber aterrizado queda a cien millas de Cozumel y ya han desaparecido de allí todos los posibles detalles comprometedores. O ir a Cozumel han llegado varios agentes del F. B. I, y también se ha solicitado la colaboración de la sección mejicana de la Interpol. Están investigando en Ciudad Méjico, en el sur de la frontera y en toda la costa del Golfo. La Prensa norteamericana, la radio, la televisión, han formado un escándalo de enormes proporciones. Fue un grave error no echarles gas al *sheriff* y sus oficiales. Otro herir a dos soldados.

—Usted no estaba allí —gruñó Holker secamente—. Sam no debió poder dominarlos de otra manera; ya ve como a la telefonista no le ocurrió nada.

—Los soldaditos salieron de improviso disparando y no era cosa de dejar que nos estropearan la faena —apoyó Leskowitch.

—El vigilante del banco pudo ser puesto fuera de combate con el gas...

—Estaba junto al boquete y con una metralleta en las manos. Tuve que anticiparme para que no me cosiera a balazos.

—Dejémoslo estar, no puede arreglarse. Ahora todo el mundo sabe ya que ustedes se dirigieron al sur, pero no se tiene ninguna certeza de que Méjico fuera el punto de reunión; a juzgar por los informes que me han llegado, más bien se supone que pensaban reunirse en alguna de las pequeñas repúblicas centroamericanas. Claro que eso puede ser una finta de la policía, pero no hay verdaderos motivos para que no resulte cierto.

—¿Algún cambio de plan?

—Sí. Usted, Holker, y uno de ustedes dos, partirán al amanecer para las montañas. En Tepotzal y aquí mismo he hecho correr la especie de que son dos antiguos amigos míos interesados en la antigua civilización precolombina. Ya sé que nada saben sobre eso,

pero tengo varios libros en la biblioteca y van a leerlos, siquiera sea por encima, esta noche y los días siguientes. Ya les contraté un guía experto y que no va a extrañarse de verles leer mucho. Pasarán tres semanas lejos de la civilización, por lugares que sólo yo conoceré. El otro se quedará hasta pasado mañana y entonces partirá conmigo, aparentemente de regreso a los Estados. Lo dejaré en un lugar muy tranquilo de la costa del Pacífico, donde podrá entretenerse pescando esas tres semanas. Sólo regresarán aquí si no hay ningún peligro; en caso contrario, ya recibirán sus instrucciones.

Los forajidos sentíanse intranquilos ahora. Ernie inquirió, hosco:

—¿Está seguro de que no hay más que eso?

—Nada más. Ustedes deben confiar en mí. El dinero ya salió de aquí hacia lugares seguros donde esperará a poder ser transferido a Suiza o distribuido por los canales de conversión. Yo iré a Ciudad Méjico y permaneceré allí varios días atendiendo a mis negocios legales; de paso utilizaré mis conexiones para estar al corriente de todos los detalles de la investigación. Ahora váyanse a descansar, dos de ustedes tendrán que madrugar.

No había sino armarse de paciencia y esperar. Los tres hampones subieron a sus habitaciones...

Miller se quedó abajo, en su despacho-biblioteca, saboreando su coñac y sus cigarros caros. Escasamente una hora más tarde entró el mayordomo, cerró y se le acercó. Miller lo miró fijamente.

—¿Y bien?

—Están acostados. Pero no creo que duerman.

—No dormirán. Lo único que me importa es que no salgan de ellas.

—Eso puedo garantizarlo.

—¿Qué hay de Lucas?

—Todo listo. Ya debería estar aquí...

Sonó un teléfono. Miller lo tomó e inquirió:

—¿Quién llama?

Al otro lado del hilo una voz calmosa informó:

—¿Señor Miller? Aquí el capitán González, de la policía...

Miller endureció la expresión y cambió una mirada con su mayordomo. Luego inquirió, aún más seco:

—Yo soy Miller. ¿Qué se le ofrece, capitán?

—Un informe urgente. Acaban de notificarme que se han fugado unos presos en el presidio de Acamotl, matando a dos de los guardianes y robándose un camión.

Miller pareció aliviado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso, capitán?

—Pues verás, parece que vinieron para su hacienda, seguramente tratando de ocultarse en los montes y, de ser posible, robar algunas armas y provisiones. Uno de ellos es Melancio Gutiérrez, aquél que se robó dos mil pesos en su hacienda hará como tres años, ya sabe...

—Tomaré las medidas adecuadas, pero no creo que se atrevan a venir.

—Por si fuera, yo me lo tengo avisado. Ahorita mismo voy para ahí con unos guardias y vamos a cortar las carreteras...

Miller colgó y en su rostro era visible el mal humor. Su mayordomo inquirió, ceñudo:

—¿Qué hacemos?

—Avisa que monten guardia armada otros dos peones. González es poco inteligente, pero muy concienzudo; hay que alejarlo cuanto antes de aquí. ¡Si hubiera modo de avisar a Lucas!... Es un condenado engorro que esos desgraciados hayan ido a escaparse hoy y vengan hacia aquí; Melancio puede intentar un golpe de mano imaginándome ausente...

Dos minutos más tarde regresaba el pseudo-mayordomo en compañía de un hombre enteco, con rasgos de indio y ojos como cuentas de azabache, que saludó ceremoniosamente a Miller, el cual le indicó acercárase con un gesto.

—Déjanos solos, Sparks. Lucas, toma un cigarro.

El recién llegado obedeció y fumó con regodeo bajo la mirada escrutadora de Miller, que rompió el silencio al fin:

—¿Tienes todo listo para el viaje?

—Todo listo, sí.

—Hay cambio de programa. Los dos hombres que llevarás a la selva no deben regresar.

Lucas ni siquiera se inmutó.

—Bueno.

—Pero no se puede hacer de cualquier modo. Son hombres muy peligrosos y estarán alerta, al menor signo de peligro para ellos

pueden anticipársete.

La sonrisa de Lucas fue significativa.

—Déjelos de mi cuenta, patrón. Yo sé cómo hacerlo...

—Quiero un trabajo limpio. Te pagaré diez mil pesos por cada uno. Es un buen precio. Pero, te lo repito, no deben regresar.

—Y no regresarán. Usted ya sabe que trabajo fino...

—Lo sé. Toma, aquí van cinco mil pesos. Vete y no regreses por la carretera. El capitán González está al llegar; parece que se escaparon unos presos en Acamotl...

Ernie estaba parado junto a la ventana de su habitación, a oscuras y mirando al exterior, pero no vio llegar ni marcharse a Lucas. Una inquietud creciente comenzaba a recomerle el cerebro, porque cuando un negocio de aquella índole se torcía, todo se precipitaba, normalmente, por derroteros peligrosos. Y no deseaba morir asesinado, ahora que podía contar como suyo con aquel medio millón. Sin embargo, confiaba en la sensatez de Miller, el millonario que financiaba crímenes en gran estala y muy productivos...

Miller volvió a escanciarse licor. Su mayordomo regresó y lo interpelló de modo poco convencional.

—Lucas cumplirá como siempre. Pero es posible que alguno de esos haya tomado sus precauciones...

—Seguro que lo hizo Ernie Holker. Pero yo también tomé las mías. Su amante va a ser raptada mañana y traída a Méjico, donde la someteré a tratamiento intensivo hasta que me cuente lo que él le encargó. Un hombre estuvo siguiéndole a Holker los pasos desde el mismo momento en que quedó en libertad de movimientos. Y Lou es de completa confianza... Dile que baje.

Lou se reunió con Miller muy poco después. Estaba en mangas de camisa y su actitud había cambiado ligeramente. Por lo pronto, aceptó la copa de coñac que se le ofrecía y habló de manera trivial, sentándose en el borde de uno de los sillones.

—Ernie tomó sus medidas. Ha escrito un relato detallado de todo el asunto y si dentro de tres meses no da señales de vida, alguien, sospecho que su amante, avisará a un sacerdote amigo de él y receptor del relato para que se lo entregue a las autoridades. Es un cura de Los Ángeles.

—El padre Carpenter. Era capellán en la unidad de Holker en

Corea —dijo el mayordomo de inmediato.

Miller asintió.

—Nos encargaremos de eso inmediatamente. Tú vas a venir conmigo a Ciudad Méjico, Lou. ¿Crees que Ernie y Leskowitch sospechen de ti?

—No sospechan nada en absoluto, es más, Ernie parece haberme tomado cierto cariño...

Rieron en tono bajo los tres. Luego Miller habló de nuevo.

—Ha ocurrido un pequeño engorro. El jefe policial de la ciudad me avisó, como ya te habrá dicho Bolt, esa fuga de presos locales. Uno de ellos trató de robarme hace años y está en la cárcel por tal motivo. Puede que intente venir aquí. El capitán González vendrá dentro de quince minutos; voy a quitármelo de encima enseguida y no quiero que sospeche nada. Así que te quedas conmigo; cuando llegue, quiero que nos encuentre conversando como viejos amigos.

—Subiré a por mi chaqueta.

—Hay que avisar a esos dos, para que no recelen y se queden quietos en sus habitaciones.

—¿No habrá ningún peligro?

—Tú sabes que nunca lo hubo. Para González soy un millonario que viene a descansar de sus negocios a menudo y deja mucho dinero al comercio local.

Ernie no había oído bajar a Pritchard, de quien, ciertamente, nada recelaba. Ahora reaccionó echando mano a la automática cuando oyó llamar y abrió con cierta precaución, antes de reconocer a Pritchard.

—Otro cochino contratiempo...

Entre Pritchard y el pseudo-mayordomo relataron la historia de la fuga de los presos locales. Ernie sintió aumentar su recelo.

—No me quedaré aquí arriba, ni vosotros —dijo secamente—. Bajaremos todos y que ese policía nos encuentre juntos.

—Pero... Bueno, se lo diré al señor Miller.

—Dígaselo y añada que si conocen nuestra llegada no podrán sorprenderse de vemos en amigable reunión.

—¿Qué te pasa, Ernie? —inquirió Pritchard cuando los tres hampones quedaron solos en el pasillo.

Ernie se lo dijo.

—No estoy a gusto.

—Ni yo tampoco —añadió Leskowitch—. Presiento que algo se va a estropear desde que supe lo del otro avión.

—Bueno, ésas son aprensiones. Bajemos y que Miller decida. No olvidemos todo lo que nos estamos jugando...

Pero Miller los acogió con la misma impasibilidad.

—Ya veo que desconfían de mí, Holker. No me agrada, pero es inevitable. Bien, vamos a sentarnos y que el capitán nos encuentre jugando una partida de naipes. Las armas fuera, no quiero errores estúpidos; somos un grupo de hombre de negocios honorables, no se les olvide.

No era algo que agradase a Ernie y Leskowitch, pero tuvieron que despojarse de sus fundas sobaqueras y entregárselas al pseudo-mayordomo. Luego, los cuatro hombres, en mangas de camisa, se pusieron a jugar en apariencia a los naipes alrededor de una mesita portátil donde la «mise en scene» era perfecta. Y así estaban cuando oyeron entrar un vehículo en el patio, deteniéndose allí. El pseudo-mayordomo miró por la ventana e informó:

—González, con dos de sus hombres.

—Ve a abrirle y tráelo.

Reinó una evidente tensión durante el par de minutos que siguieron. Luego sonaron pasos acercándose, desde el vestíbulo. Miller habló seco:

—No lo olviden. Yo soy el que hablo, son mis invitados, hombres de negocios.

El pseudo-mayordomo dejó paso libre al capitán González un hombre como de cuarenta años, bigotudo y no muy marcial, que llevaba pistola al cinto y al cual seguía un agente uniformado con una metralleta, que a un gesto de su jefe se quedó en la puerta. Los tres hampones estaban rígidos y alerta, dominados por la tensión natural en quienes se sabían culpables de asesinato múltiple tras de su apacible apariencia. En cuanto a Miller, se levantó completamente normal.

—Buenas noches, capitán. Bien venido a mí casa. Permítame presentarle a unos amigos míos a quienes he invitado a pasar unos días...

Todo daba la impresión de que ellos eran lo que Miller decía. El capitán no pareció advertir nada sospechoso y aceptó una copa de coñac, entreteniéndose después en un gárrulo relato acerca de la

fuga de los presos locales, relato que escucharon los norteamericanos con domeñada impaciencia. Por fin, tras diez largos minutos de conversación, el visitante decidió marcharse.

—Tengo que dirigir la operación y cuento con pocos hombres, ya usted sabe. Por eso quise venir a informarle en persona, para que permanezca alerta por si se les ocurre venir acá.

—Vamos a estar prevenidos, descuide. Bien, le deseo buena caza... Lo acompaño fuera.

—No se moleste por mí, no importa...

—No faltaba más. Ustedes, mis amigos, discúlpenme, regreso en seguida...

Salieron Miller, el capitán, el pseudo-mayordomo y el policía. Los tres forajidos volvieron a sentarse y Leskowitch echó mano a la botella, gruñendo:

—Puaf, ya era hora de que se fuera...

—Una fuga de presos es siempre un acontecimiento, hombre, ¿no lo sabías? —Se chanceó Pritchard. Y hasta Ernie pareció divertido.

El capitán marchaba emparejado con Miller, conversando animadamente. Detrás venían, también emparejados, el policía y el pseudo-mayordomo. Salieron a la terraza, que estaba alumbrada por luz indirecta. En el patio, otro agente armado con metralleta aguardaba de pie junto al automóvil que los trajo. No se veía a nadie más, cosa natural porque a tal hora el servicio ya se había retirado.

—Buenas noches, capí.

—No se mueva, Miller.

La acción del capitán había sido tan rápida como lo fue la del policía pegándole la metralleta a las costillas de Miller, que se quedó rígido mientras el pseudo-mayordomo, tras un iniciado gesto de defensa, lo imitaba al ver surgir por la esquina de la casa a dos soldados armados con metralletas y a un oficial, un capitán, pistola en mano. Miller, a su vez, estaba viendo aparecer a otros tres soldados y un sargento, también con equipo de combate. Se le cuajaron las pupilas y preguntó con la voz muy delgada:

—¿Qué significa esto?

El capitán había sacado su pistola y se la plantó en el estómago, haciendo un ademán de cabeza a su agente, que se movió para

apuntar al pseudo-mayordomo. Rápidos y en silencio estaban llegando los soldados, aunque los de la parte donde se encontraba la ventana del salón se quedaron antes de llegar donde pudieran divisarlos desde dentro.

Pero no eran los únicos. Dos hombres de paisano, evidentemente dos norteamericanos, con otro paisano de traza nativa y un oficial de alta graduación, un coronel, aparecieron con escolta de otros dos soldados con equipo de combate. Todos ellos se Regaron junto al grupo parado delante de la puerta el más alto y de más edad de los americanos miró con gran dureza a Miller, inquiriendo de González:

—¿Los otros?

—En el salón. Estaban jurando a naipes; no les vi armas a mano. Por esa ventana se les puede ver.

—Ya. Lesley Miller, está detenido. Somos agentes federales. Cuide de él y de este otro, capitán.

—¿De qué se me acusa?

—Organizar y financiar el robo del Banco de Torrington, Texas, donde fueron asesinadas siete personas. Vamos, John.

Miller se había quedado sin habla. Vio entrar a los dos agentes federales, sacando sus pistolas y seguidos por el coronel y algunos soldados. El capitán González mantenía su pistola apretándole el estómago; el teniente y sus dos hombres se alistaban a apuntar por la ventana a los de dentro. Todo, inesperadamente, estaba perdido... Miró a su compinche, el pseudo-mayordomo, y se mojó los labios con la lengua. Estaba intensamente pálido, porque sabía lo que le esperaba...

Ernie se levantó, con cierta violencia.

—Ya está tardando mucho.

—Ya viste cómo es ese González —le dijo Pritchard—. Andarán de cortesías...

—Mira por la ventana —indicó Leskowitch, nervioso.

Ernie se fue allí y empujó los batientes para mirar hacia la parte de la entrada.

En el mismo instante, en la terraza, saltaron adelante dos soldados y sendas metralletas se colocaron, una ante sus narices, otra cubriendo mal que bien a Pritchard y Leskowitch, que se quedaron por un instante inmóviles ante la súbita sorpresa. El teniente apuntó también a Ernie con su pistola...

Y la puerta del salón se abrió de golpe, dando paso a los agentes federales y los soldados mejicanos, que inmediatamente se desplegaron dominando a los sorprendidos forajidos.

—¡No se muevan, agentes federales!

Pálidos, las caras contraídas, los tres hampones obedecieron lentamente...

Poco después, ellos y Miller, más el pseudo-mayordomo, estaban convenientemente esposados y bien custodiados por los soldados mientras los federales terminaban de abrir la modernísima caja de caudales y sacaban de la misma sendas maletas de cuero reforzadas, que colocaron sobre la mesa, abriéndolas y dejando al descubierto el botín del robo. El agente de más edad miró con fijeza al quinteto de detenidos y dijo severamente:

—Esto les va a conseguir una hermosa habitación a cada uno de ustedes. En San Quintín, como antesala de la cámara de gas.

Epílogo

Estaba lloviendo igual que el día en que escaparon Ernie Holker, Sam Prowsett y Joseph Leskowitch, lo mismo que la noche del robo del banco de Torrington. Una lluvia menuda y monótona...

Un canto lúgubre se alzaba de las celdas de la prisión federal de San Quintín. Los presos entonaban el funeral por cuatro de sus compañeros, que en cosa de minutos iban a efectuar el último paseo, por un corto pasillo, hacia la cámara de gas.

La fúnebre comitiva oficial vino pausadamente hacia las celdas de los condenados a muerte. La decisión judicial iba a cumplirse. El financiador y los tres supervivientes del «gang» que participó directamente en el atraco al banco de Torrington deberían pagar su deuda con la sociedad el mismo día, uno tras otro. La Ley no podía tener compasión de quienes planearon y ejecutaron un crimen que había levantado en vilo la opinión nacional.

No hubo la menor posibilidad de apelación. El relato escrito por Winninger era una obra maestra de detallismo. Encontrado gracias a la afortunada casualidad de su colapso mortal y la curiosidad del vigilante, permitió a las autoridades montar una veloz y perfectamente combinada operación de captura en la cual colaboraron también las autoridades mejicanas, tanto civiles como militares. La extradición fue conseguida por decreto y el juicio llevado con todo rigor. Aparté los policías asesinados había muerto un muchacho indiscreto, alcanzado por una de las balas disparadas contra las ventanas por los forajidos; el cabo de la policía militar estuvo entre la vida y la muerte, y se salvó por poco. La opinión pública, la Prensa, todo el mundo exigía un escarmiento drástico, máxime al conocerse que un presunto financiero, un millonario que brillaba en la buena sociedad, había costado todo aquel tinglado de crímenes y, al parecer, era también quien costó otros parecidos y que habían quedado impunes.

Ahora, pues, los cuatro convictos aguardaban su hora en sendas celdas de la prisión de San Quintín. Y su hora había llegado...

Lesley Miller había perdido toda su arrogancia; parecía diez años más viejo, temblaba y sollozaba, sin hacer caso de las admoniciones del sacerdote que lo acompañaba. Lou Pritchard estaba muy pálido, tenía los ojos fijos en un punto de la pared y no se movía. Leskowitch canturreaba con nerviosa exhibición de indiferencia. Y Ernie Holker, con la boca apretada y la mirada de un tigre acorralado, paseaba de un lado para otro, fumando, sin hacer ningún caso de otro sacerdote. Todos se estremecieron cuando el ulular de los presos creció de volumen y sonó el chirrido de las verjas que daban acceso al corredor de la muerte en sus oídos...

Ernie tiró la colilla con violencia y la aplastó con el tacón de la bota. Sabía que era el primero. No temía morir, casi lo estaba deseando. Una rabia sorda e impotente lo dominaba, impidiéndole pensar con lucidez. Pensar, ¿qué? Dentro de unos minutos estaría muerto...

Se hizo de pronto un silencio dramático en las celdas donde otros condenados a muerte aguardaban su hora. El silencioso y severo grupo de funcionarios se detuvo ante su celda, un agente abrió y el sacerdote, con un suspiro, se puso en pie, dejando de rezar en tono bajo. El alcaide miró con fijeza a Ernie, que le sostuvo la mirada, sombrío.

—Es la hora, Holker.

Ernie tragó aire con ansia, expeliéndolo con fuerza, apretó las mandíbulas y avanzó, saliendo al pasillo. Inmediatamente se le colocaron dos guardias a los lados y otro detrás, para prevenir cualquier reacción desesperada. La comitiva se formó en silencio, pero los condenados a muerte comenzaron a aullar y golpear ferozmente los objetos que podían armar ruido. Era su despedida...

Ernie cambió una intensa mirada con Pritchard, en silencio. Leskowitch, aferrado nerviosamente a los barrotes con ambas manos, trató de sonreír y aún le dijo una chanza macabra:

—No te lo tragues todo, Ernie... Déjanos algo a los demás.

Iba a ir el tercero.

Miller estaba sollozando de modo convulsivo, con la cara tapada por las manos. Ernie lo miró con desprecio infinito. Ya sabía lo que tuvo el propósito de hacerle.

—¡Calla, rata! —le gritó de modo ronco, salvaje.

Y Miller se calló, lo miró de modo alucinado...

Era un largo, larguísimo camino, aunque de hecho sólo tuviera unos cuantos metros. Y allí, al final, estaba la cámara de gas esperándolo...

Un largo larguísimo camino desde la celda del piso segundo que meses antes compartía con Winninger hasta esa otra que había ocupado sólo durante las últimas cinco semanas. Y a lo largo de aquel camino entre celda y celda una corta temporada de libertad, de acción, un gran robo y un tremendo fracaso...

Entró con paso firme en la cámara de gas y no admitió ayudas para sentarse, se mantuvo con la boca apretada mientras lo sujetaban, la mirada fija en algún punto mucho más allá del silencioso grupo de hombres que contemplaban la operación. Y cuando la pesada puerta se cerró secamente, aislándolo, dejándolo solo, cara a cara con la muerte, pensó una vez más, con amargo sarcasmo, en el largo camino que había entre una celda del segundo piso y otra en el Pasillo de la Muerte, en la prisión federal de San Quintín.

Luego entró el gas.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess mcCarr en el wéstern y en el genero policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.